

MAESTRO VIVEKANANDA

LA GRAN RESTAURACIÓN

Casa Decimoprimera

LOS ROSTROS DEL INFIERNO

**EDICIONES
MAESTROS ESPIRITUALES**

Colección

LA GRAN RESTAURACIÓN

Colección La Gran Restauración.

Internet 2009.

Se permite la reproducción total o parcial de este texto, su almacenamiento en un sistema informático, su edición o transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico o fotocopia, sin ninguna autorización previa.

No se ha hecho ningún depósito legal de esta obra, ni existen derechos reservados que legalicen la propiedad de la misma por parte de cualquier persona física o jurídica.

En este camino debes estar atento a cada paso que tengas que dar para evitar los desvíos que te lleven a hundirte más profundamente en el infierno del que pretendes salir.

Tu guía será el discernimiento que te mostrará el vacío que se esconde detrás de las promesas de felicidad en el mundo.

Llegar al discernimiento requiere de tu parte una gran concentración para que no te atrapen las distracciones a las que buscan imantarte los demonios.

El estado discriminativo es el que te aleja del apego o el rechazo al mundo, trampas en las que inevitablemente caes cuando tu mente proyecta sus fantasías y las ves como reales.

Primero arribarás al discernimiento intelectual y desde esa vibración te irás abriendo al discernimiento que tiene su origen en la intuición.

Como puedes comprender al discernimiento nadie puede arribar desde la simple devoción exterior, alcanzarlo es transitar por las profundidades del inconsciente teniendo por única meta el fin del *karma*, la liberación de la ronda de nacimientos y muertes.

El discernimiento te da la visión que no puede ser oscurecida por las proyecciones, y entonces desde esa visión podrás contemplar cada acontecimiento cotidiano, intuyendo la causa que lo genera, porqué te encuentras involucrado en el mismo y adónde quiere arrastrarte. Así podrás ver a Athón como a una obra grotesca que tiene como propósito alimentar al mundo demoníaco y entretener a su amo y creador, el Gran Demonio.

Las sombras de ese universo de sombras que es Athón se irán disolviendo a medida que desde el discernimiento las puedas ver como lo que realmente son, sombras, imágenes fantasmagóricas e inexistentes que te ocultan la realidad del Padre.

El discernimiento es un estado privilegiado donde no puedes dormirte,

no puedes caer,

y donde comprenderás el círculo ilusorio de la vida y de la muerte. Solo desde el discernimiento podrás encontrar el camino de retorno al Padre.

(Mensaje de Vivekananda al peregrino)

PRESENTACIÓN

“Al fin has llegado”, me recibió sonriente Ramakrishna en el instante de ese viernes 4 de julio de 1902, cuando después de contemplar el Ganges en mi despedida y entrar en mi última meditación envuelto en la Gracia del *Kundalini Sakti* otorgada por el maestro, a los 39 años, cumplido el aprendizaje y preparado para servir al Padre, quemadas las demoníacas proyecciones, abandoné el cuerpo físico.

¿Adónde había llegado? A la sabiduría divina cuyos frutos recogía y podía saborear al haber alcanzado ese estado donde el maestro me esperaba y me decía, “al fin has llegado”.

Interminables años plagados de desconciertos, y bordeando tenebrosos abismos demoníacos habían pasado desde que poco antes de partir Ramakrishna me decía: “Ahora Naren, recién ahora empezarás el camino del infierno que será tu gran aprendizaje”. Lo miré entre sorprendido y desconcertado. “Quién no tiene como maestro el infierno y no puede aprender de sus enseñanzas nunca podrá liberarse”. Horas después Ramakrishna se perdía en el *mahasamadhi* y en ese instante amenazantes demonios me mostraban abismos donde caería si me negaba a aceptar el generoso ofrecimiento de la vida, el poder y la gloria

Estaba terriblemente confundido. ¿Qué me había querido decir Ramakrishna con que el maestro del que tenía que aprender era el infierno? ¿Cuál era el poder y la gloria que me ofrecía la vida y que rechazarlos significarían mi condena?

Tuve que transitar dolorosas experiencias para entender lo que durante mis tortuosos años de delirios místicos y mundanos me resultaba incomprensible.

¿Qué puedo ofrecerle al peregrino que llega a mi casa? El testimonio de mi propia experiencia que en lo esencial es también la suya, porque en ciertos niveles del aprendizaje los laberintos, las trampas y sufrimientos que anidan en toda conciencia son similares.

¿Cómo es esto? Cuando la Verdad del alma comienza a brindar sus primeros fulgores es inevitable que los engaños del Gran Engañador también se potencien. Pero no serán los engaños burdos con que domina al común de los demohumanos, que olvidados del Padre se conforman con los pequeños pactos de sobrevivencia y quizás algunos con un modesto poder en Athón. Ahora El Padre está presentándose en el alma y la contraofensiva tiene que ser violenta en su intensidad y sutil en su calidad. Engaños disfrazados de justicia y verdad llegarán al ego para apagar esos peligrosos, para el Señor de la Oscuridad, destellos del alma que buscan transformarse en el poderoso fuego que reduzca a cenizas el mismo infierno.

El Gran Engañador le ofrecerá al ego los harapos del asceta que ha renunciado al mundo, y también la ira de guerrero que buscará imponer la justicia divina en los herejes, los timoratos, los corruptos.

El brillo del intelectual que seduce con su verdad, verdad que humilla a los torpes adversarios, es la carta considerada imbatible para atrapar al infautado ego. ¿Pero un ego místico y divino puede no llorar por los desposeídos y conmoverlos con su inquebrantable amor por la humanidad? No, no puede, y estas lágrimas son las perlas más preciadas del cofre que el Gran Engañador le regala al ego que está dispuesto a sacrificarse en su hoguera por el rescate de los pobres y humillados de su pueblo y de todos los pueblos en un amor universal.

Todos estos dones le compré al Gran Demonio y cuando se apoderaron de mi ego y avanzaron para destruir mi alma se convirtieron en ese infierno del que me habló Ramakrishna del que debía aprender para vislumbrar el real camino de la liberación.

Ramakrishna, con su Gracia, que era la del Padre, me protegió de las llamas más fuertes de ese infierno para que no me devorase, y que la luz del alma que empezaba a florecer no se extinguiese.

¿Cómo podría atravesar ese infierno? Conociéndolo, y solo podía conocerlo viviéndolo en toda su ferocidad.

Alguna vez le dije a alguien que aprendiese a reconocer a la Madre Divina tanto en el mal, el terror, el dolor, la Nada, como en la dulzura y la alegría.

Este es el misterio del Mal que vemos proyectado en el mundo pero es necesario descifrarlo en las profundidades de nuestro corazón.

¿Cómo la Madre Divina puede anidar el horror?

La Madre Divina no anida el horror sino que el horror habita en nuestras conciencias posesas y la Madre Divina con su inconmensurable Amor lo revela en su luz para extirparlo para siempre.

¿Qué vivía en mi tortuosa conciencia?

La esperanza y la incertidumbre, la fe en mi maestro y la locura que es la fe en la oscuridad, la búsqueda de la Verdad del Padre y la búsqueda obsesiva por la orgullosa verdad del ego, el desinterés por el mundo y el interés por el poder de ese mundo.

Estas eran las contradicciones, los signos del infierno que me preanunció Ramakrishna.

Y el infierno habló ante los concurrentes de ese Parlamento de las religiones y el ego se envaneció con sus palabras seductoras, humillantes, incomprensibles.

Predicaba en ese infierno con el propósito de convertir a los otros en enemigos para enfrentarlos y vencerlos. Era el Vivekannada seductor que seducía para destruir con la elocuencia de su ego.

Pero cuando me quedaba en la soledad de mi cuarto, después que la fastuosidad de las palabras se había silenciado, un terrible vacío habitado por la angustia me invadía, era ese mismo vacío y esa misma angustia que me persiguieron como sombras implacables en los peregrinajes de *sannyasin* enloquecido y que me perseguirían después cuando las multitudes en la India me aclamaban como a un dios triunfador que había derrotado en Occidente a un enemigo temido y odiado, expandiendo la milenaria verdad.

Pero en lo más doloroso de la experiencia, cuando mi resistencia estaba a punto de ser doblegada, la dulce imagen de Ramakrishna como un bálsamo descendía a mi mente y escuchaba al maestro que me decía: “Narén, estás caminando hacia El Padre, pero no como tú lo crees”, y entonces seguía caminando en medio de esa oscuridad.

En el fondo de mi alma sentía una intensa energía que me impulsaba a la unidad, pero quienes dominaban mi mente me llevaban a buscar esa unidad en la imposición de mi verdad a los otros.

¡Cuánta confusión que me llevó por fin a la Verdad! Ahora que me he encontrado en la plenitud de mi alma, El Padre me ha pedido que comparta con los grandes maestros este zodíaco liberador. Y así desde mi casa le muestre al peregrino los riesgosos caminos del infierno que toda conciencia que busca al Padre debe transitar de una u otra manera, no importa cuál sea la anécdota, y el modo de trascenderlos y disolverlos en la luz de la Verdad.

PRÓLOGO

Siguiendo el recorrido señalado por el mapa que me había dado el maestro Lahiri Mahasaya llevo a cabo el trayecto que conduce de Raniketh a la estación de ferrocarril de Hatras donde me espera el maestro Vivekananda.

“El maestro Lahiri Mahasaya en Raniketh me dio las instrucciones para llegar hasta aquí –le digo al maestro después de compartir el saludo hindú uniendo las palmas de las manos a la altura del corazón, y haciendo una leve inclinación con el cuerpo– ¿Has establecido tu casa del zodíaco en esta estación?”, pregunto sorprendido.

“No, por supuesto que no, ¿cómo iba a instalar mi casa del zodíaco en una estación de trenes?”.

“¿Entonces qué estamos haciendo aquí?”

“Esperando el tren”.

“¿Y para qué estamos esperando el tren?”.

“Te explico, mi casa es el tren que arribará dentro de unos minutos a esta estación”.

“No entiendo”.

“A partir de cierto momento de mi vida, después de la partida de mi maestro Ramakrishna, emprendí una frenética búsqueda interior recorriendo caminos exteriores. Cada momento de ese viaje fue una revelación de mi mismo que debía descifrar para poder seguir adelante. En otros términos fue un viaje por mi conciencia. Cuando El Padre me pidió que me hiciese cargo de esta casa que había sido regentada por el demonio Acuario, estableció que debía revivir ese viaje en compañía de los peregrinos para que estos, en el espejo de mi experiencia, comprendiesen la suya y

podiesen seguir avanzando en el zodíaco en este camino del autoconocimiento.

Este tren, mi casa móvil, nos irá llevando por este recorrido”.

Dadas las explicaciones, el maestro me invita que nos sentemos en el banco del andén para esperar el tren que no tardará en llegar.

“Este viaje es una experiencia dolorosa, es el oscuro camino del ego que busca por tortuosos senderos la salida hacia la luz.

La actitud que debes tener es como la de un guerrero, y digo como y no la de un guerrero, porque un guerrero para avanzar tiene que cambiar de posición, porque debe salir en búsqueda del enemigo para entregarlo a la oscuridad que lo acecha y evita de este modo que lo devore pues le ha ofrecido el banquete del otro.

En este camino tienes que tener el coraje y la decisión de guerrero, pero al que debes entregar es a tu ego al Padre y no al ego de los otros al Gran Demonio.

Irás comprendiendo a medida que avancemos en este camino que todo se juega adentro y en este adentro, tu interior, está registrada la historia de tus experiencias al servicio del Gran Demonio y de su mundo, del que fuiste un constructor, experiencias de las que debes comprender el sentido que tuvieron a través del discernimiento.

El temor que atraviesa al peregrino en este camino de revelaciones es a la destrucción de sí mismo, pero ya comprenderás lo que realmente significa esta destrucción como apertura a la luz.

Transitarás lo que llamaremos el infierno propio, y estás en condiciones de hacerlo, la intensa purificación de las casas anteriores te preparó para esta experiencia que podemos llamar límite”.

El maestro interrumpe sus palabras cuando el ruido de la locomotora indica que el tren está llegando a la estación de Hatras

Nos levantamos del asiento para observar su imponente llegada, siempre a fines del siglo XIX el arribo de un tren a una pequeña estación tenía algo de conmovedor y espectacular.

“Maestro –casi grito por la sorpresa– los vagones están vacíos, no hay nadie en el tren”.

“El tren está hecho para nosotros y no nosotros para el tren”, dice el maestro mientras nos acomodamos en unos cómodos sillones pullman.

“¿Quién conduce la locomotora?”.

“El Padre es el conductor de la locomotora y Ramakrishna el fogoneero”, me informa el maestro mientras siento el ruido del tren que se pone en marcha.

“¿Cuál es nuestro primer destino?”, pregunto curioso.

“Baranagore”, contesta Vivekananda.

ESCENAS DE UN VIAJE INTERIOR

XI

LA CASA DE VIVEKANANDA

21 DE ENERO

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna se detiene en Baranagore y descendemos en silencio. Baranagore era solo una sensación de tristeza, y en esa sensación nos envolvimos caminando hasta su profundidad. “¿Por qué Baranagore es tan triste?”, pregunto abrumado por esa tristeza. “La incomprensión es triste”, desliza el maestro y se sume en una meditación donde regresan los recuerdos.

“Los recuerdos de aquel 15 de agosto de 1886 cuando Ramakrishna alcanzó el *mahasamadhi* se revivieron en mi mente y esos recuerdos tenían la triste sensación de la incomprensión; ¿qué es lo que los discípulos del sublime maestro no habíamos comprendido? No habíamos comprendido lo esencial de quién era esa encarnación divina y lloraban su pérdida como si Ramakrishna pudiese perderse, como si la Madre Divina pudiese perderse, como si El Padre pudiese perderse.

Entonces quisimos perpetuar en Baranagore la acción y el pensamiento de Ramakrishna, hacerlo como nosotros, unos demohumanos más, pero unos demohumanos que teníamos éxtasis, que algunos de nosotros buscábamos repetir en burdas parodias, no fue mi caso, unos demohumanos que amaban a la Madre Divina, ante la que nuestros ennegrecidos corazones se postraban simulando poseer ese amor del que solo el maestro

era capaz. Atormentados por tener el reconocimiento de los demás, que nos vieran como santos, místicos, liberados, era nuestra única meta. ¿Qué amor por la Madre Divina podíamos albergar en nuestras conciencias donde bailaban eufóricos los demonios que nos habitaban?”.

“Cuida de estos muchachos”, me había dicho el maestro antes de partir. ¿Qué había querido decirme al encomendarme ese cuidado? Ahora lo comprendo, que los cuide y que me cuide de la vanidad de querer perpetuarlo como un exótico santo de la India ante la mirada curiosa y profana de Occidente. La misión que había traído a ese espíritu excelso a la dolorosa encarnación en Athón, nada tenía que ver con el teatro que estábamos dispuestos a montar teniéndolo a él como protagonista. No fue mejor el destino de Cristo con sus seguidores. Pero el maestro nos seguía mirando con su incomprensible compasión a este grupo de pobres demohumanos que buscábamos perpetuar su nombre para que el mundo nos reconociera como los elegidos, los que nos habíamos apropiado de los misterios supremos de la Madre Divina.

Entonces no pude comprender quien era Ramakrishna, ni su misión, ni la realidad inconmensurable de la Madre Divina, y me edifiqué ante los otros como quien a través de una ardua disciplina los llevaría por el camino del espíritu hacia la liberación.

El problema era que ninguno de nosotros entendía lo que era ese camino, pero cada uno no lo entendía de un modo diferente. Ellos querían incursionar en los gozos de la vida interior, penetrar en los senderos sublimes de la mística, no querían saber nada del mundo, querían estar más allá de sus miserias y sufrimientos. Yo me sentía inspirado para la acción y esta vida de reclusión solo podía ser el entrenamiento para fortalecer el

espíritu, pero no la excusa para la huida de un mundo al que teníamos la misión de servir.

Los egos tienen por naturaleza la confrontación. Y nosotros por más que cerrásemos los ojos en la meditación y entonásemos cantos de alabanza al maestro y a la Madre Divina, no éramos sino egos en la lucha por el poder, del mismo modo que lo eran los banqueros, los políticos, los militares.

Tomé la conducción y proyecté sobre los otros el poder de mi mente, los fui llevando al límite de su resistencia, quería doblarlos y los obligaba a escuchar mis abstrusas disquisiciones filosóficas y religiosas, los arrastraba a arduos debates que estaban imposibilitados de sostener.

Eran espíritus simples de una devoción elemental y yo pretendía desplegar su mente hasta llevarlas a la frontera de la Verdad.

¿Pero yo era poseedor de esa Verdad? Los demonios me decían que sí, que era un privilegiado discípulo de Ramakrishna, el más privilegiado, en realidad el único privilegiado y el maestro me había dado como misión llevar a esas pequeñas conciencias a que pudiesen atravesar sus límites como yo los había atravesado, para penetrar en el Ser Supremo.

Me miraban con respeto, mi mente era fuerte y brillante, pero también con temor. Cuántas veces vi sus ojos aterrorizados ante mis reproches, porque los acusaba de ser almas cómodas que estaban encerrados allí para esconderse del mundo hostil al que no se atrevían a enfrentar.

Les decía que el maestro nos había dejado ese legado de devoción y sabiduría que nos daba fe en nosotros y respeto por los demás, y también el poder de alimentar a los hambrientos,

de vencer a la miseria, de levantar a las masas. “Si queréis hallar a Dios, servid al hombre”.

¿Cuándo había dicho esto el maestro, o por lo menos si alguna vez pronunció palabras parecidas, era este el significado que quiso darle?

¿Qué era servir al hombre? No lo sabía pero creía saberlo. Entendía que servir al hombre era potenciar de la peor manera su condición demoníaca, la fuerza, la vanidad, la falsa devoción.

Entonces no podía sospechar lo que estaba diciendo, a mi modo era sincero, pero también la duda me atormentaba y cuando esto ocurría desesperado llamaba al maestro, y le preguntaba si el que estaba siguiendo era el camino correcto.

Ramakrihsna me miraba muy hondamente pero permanecía en silencio.

22 DE ENERO

Esa cofradía, esa comunidad de espíritus como nos gustaba llamarla, se fue desmoronando. Los devotos desertaban y Soshi fue el único que no abandonó el lugar.

¿Qué es lo que había ocurrido? Era un duro golpe al ego que se defendía culpando a esos hombres de poca fe lo que sentía como una traición a mi maestro.

Todavía tenía mucho camino por recorrer para que se corriesen los velos y la Madre Divina me mostrase que éramos un grupo de niños jugando a tomar la verdad por asalto, una verdad hecha de cartón y sostenidas por alfileres, papeles pintados con dibujos de ceremonias mágicas donde invocábamos a los demonios para que nos ayudasen a su conquista.

La Madre Divina me llevó a otras vidas donde era un *brahman* ritualista que pactaba los poderes con los demonios, estaba embriagado de ese ritualismo que repudió Buda y al que también Ramakrishna era ajeno, mirando con compasión a esas masas de demohumanos que llegaban al templo de Kali buscando los pactos que los ayudasen a sobrevivir en su miserable existencia. Por eso el maestro nos había alejado de todo rito de iniciación religiosa.

Pero en mi inconsciente los demonios activaban los *samskaras* de *brahman* de tantas vidas y cuando tuve el poder instauré

en Barangore el *Viraja Homa*, la ceremonia tradicional del *Sanyasa* donde los devotos profesaban su renuncia al mundo. ¿A qué mundo renunciábamos? Al mundo del Padre, sin duda. En su origen, revelado por los Rishis, el *Viraja Homa* era un vínculo íntimo entre el alma y El Padre que nada tenía que ver con ningún rito formal. Con el tiempo los *brahmanes* consolidábamos nuestro poder atándonos y atando a los otros a la fuerza de este pacto.

¿Cómo podía haber continuado la comunidad monástica de Baranagore? Reafirmando en sus rituales y disciplinas los pactos demoníacos. Ramakrishna, que nos seguía guiando, no lo podía permitir, y su Gracia descendió sobre nosotros, deshaciendo los oscuros vínculos a los que nos habíamos ligado en el *Viraja Homa*, entonces todo se derrumbó al mismo tiempo que se quemaba esa verdad de cartón y papeles pintados con dibujos de ceremonias mágicas sostenidas por alfileres.

El que había visto como un horizonte claro de realización espiritual en Barangore se velaba en mi mente y el agudo filo de la desesperación penetraba dolorosamente en mi corazón y sentía que ahí se estaba instalando para quedarse.

Mediante un esfuerzo supremo me mostraba imperturbable ante los que allí permanecían. Dirigía las ceremonias, hablaba de la ciencia del *Yoga* como el método de liberación que habían enseñado los Rishis, pero en mis meditaciones mi mente se agitaba en un torbellino de oscuridad que por instantes solo era apaciguado por la comprensiva mirada de Ramakrishna. “¿Qué hacer?”, le suplicaba desesperado al maestro para que me respondiese. Ramakrishna permanecía en silencio.

“En ese vacío sentí envidia por los seres comunes con sus pequeños placeres, sus pequeñas creencias, su satisfacción

moderada, que no era más que la supresión por un instante del dolor de la vida ¿No era eso la única verdad del mundo? ¿Pero cómo Naren podía conformarse con esa verdad? Era sensible a la miseria que agobiaba a esas masas, sin embargo, ¿qué era esa miseria del hambre, de la enfermedad al lado de la miseria que atormentaba mi alma?

¿En qué se había convertido el Baranagore en que tanto creí? Solo veía un vacío donde mi alma se caía.

Una noche en la que la piedad del sueño se resistía a calmar el vértigo de mi mente una imagen casi olvidada se presentó a mi visión. Era el sabio ermitaño Pavhari Baba al que en vida de Ramakrishna había visitado en su retiro de Ghazipur. Pavhari Baba, que reconocía en Ramakrishna su santidad, era oriundo de Benarés y pertenecía a la casta brahmánica. En su juventud se había interesado por todas las religiones de la India, estudiando diferentes lenguas y después de recorrer todo el país, se había retirado a un solitario ascetismo.

Después de la partida de Ramakrishna solía verlo, lo visitaba diariamente y por momentos sentía la necesidad de seguir su camino. Le había pedido a Ramakrishna, cuando un grupo de devotos lo rodeábamos, que me abriese el camino del *Nirvikalpa Samadhi*, pero el maestro permaneció en silencio a pesar de mi insistencia. ¿Me abriría Pahvari Baba el sendero del abismo divino? Quise postrarme ante el ermitaño para pedirle que me otorgase esa Gracia y decirle que estaba dispuesto a someterme a las disciplinas que fuesen necesarias para obtener la gran liberación. Pero cuando quise hablar ante Pahvari Baba no pude pronunciar palabra alguna, mi boca estaba sellada, y vi la mirada compasiva de Ramakrishna que permanecía en silencio. Después vino Baranagore. Y en la caída de la vida monástica,

en esa noche de insomnio, regresaba Pahvari Baba que quería decirme algo.

Vivekananda me indica con su mano que regresemos al tren conducido por El Padre y que tiene como fogonero a Ramakrishna. “Iremos –dice el maestro– a Ghazipur, a encontrarnos con mi visión de Pahvari Baba”.

23 DE ENERO

En la visión de Vivekananda lo veo al maestro sentado frente a Pahravi Baba, ambos en postura de loto, y después de un cálido silencio el ermitaño habla:

“Naren, uno de tus tantos mundos internos se ha derrumbado y te estás derrumbando en ese mundo.

¿No eres el *yogui* que en Baranagore les hablas a tus discípulos de la ilusión? ¿Y entonces por qué te aferras a la ilusión de la vida monástica?”.

“Maestro –dice Vivekananda– en cierto sentido comprendo lo que dices, todo lo que se manifiesta en este mundo es una ilusión y la vida monástica también lo es, como desde este punto de vista tu retiro ascético no escapa a ser otro modo de la ilusión. ¿Pero en qué se diferencian estas ilusiones de las ilusiones mundanas? En que la vida monástica o tu ascética soledad son ilusiones necesarias para salir de la ilusión, mientras que las mundanas solo sirven para reforzar la ilusión del mundo”.

“La teoría que sostienes es correcta, pero en este Athón que habitamos es una teoría vaciada de los contenidos que le dio El Padre y que transmitieron los Rishis y los santos *yoguis* de los tiempos de cuando todavía los fulgores del Padre podían penetrar en la bruma de la oscuridad”.

“¿Acaso, maestro, la luz del Padre no habita en este mundo?”.

“Naren, hijo mío, te pavoneas que estás en el camino del discernimiento y no puedes ver lo obvio, no es el discernimiento lo que te pido sino que apeles al sentido común que, como alguien dijo, es el menos común de los sentidos”.

“Me dices que la luz del Padre está ausente del mundo. ¿Y Cristo, Ramakrishna no son las luces divinas con las que los buscadores del Padre se conectan?”.

“Cristo, Ramakrishna fueron encarnaciones divinas enviadas por El Padre, seres sublimes que aceptaron voluntariamente encarnar en la más profunda oscuridad demoníaca y sembrar en este mundo semillas de Verdad.

Naren, tú que dices cultivar el discernimiento, ¿ves que esas semillas hayan sido recogidas por los demohumanos y sembradas en sus corazones? No, Naren, los demohumanos solo recogen las semillas de los pactos demoníacos que siembran en sus ennegrecidos corazones”.

“Acepto, maestro, que mi discriminación puede ser débil, ¿pero quienes seguimos fiel y devotamente a nuestro maestro no recogimos sus semillas y tratamos de seguir el camino que nos señaló?”.

“Naren, qué fácil te engañaron los demonios.

Creíste seguir el camino que señalaba tu maestro y quisiste crear un cuartel en Baranagore donde con disciplina militar, que tú buscabas imponer como general indiscutido, abriría el camino de la liberación, abandonarían en su tiempo este desagradable mundo en el más pleno *mahasamadhi*.

Conoces, Naren, como ninguno las concepciones del *yoga*. En esta época creo que no hay nadie tan versado en las palabras de la Verdad. Pero, ¿es esa Verdad la que habita Baranagore? Despierta un grado de discernimiento y mira si la Verdad

Suprema es una conquista de los egos donde el que va venciendo a los otros se acerca a la apropiación de esa Verdad en una lucha interminable.

¿No es esa lucha la que los fue hundiendo en ese infierno de rencores y competencias?

¿No eran los demonios los que te marcaban el camino?
¿Qué tenía que ver todo eso con las enseñanzas de Ramakrishna? ¿Alguien de ustedes está conectado con su Gracia Infinita?

Naren, piensa que si más allá de fórmulas y ritos, de tristes representaciones religiosas, tu corazón se hubiese entregado a esa Gracia no te estarías derrumbando al derrumbarse tu ilusorio mundo.

Ahora quiero decirte algo, los sinceros buscadores del Padre, y no me caben dudas que tú lo eres, debemos vivir sutiles formas de la ilusión que nos proyectan los demonios como reales.

Por la Gracia de Ramakrishna he podido despertar a mi ilusión de la soledad ascética que no era un camino de la realización del Padre sino que se terminó convirtiendo en una agradable complacencia del ego consigo mismo.

¿No terminó siendo lo mismo tu experiencia en Baranagore?
¿No hubo un momento en que te mirabas en el espejo de tu ego que crecía y ese crecimiento lo veías como la cercanía con El Padre?

Hasta que el fracaso golpeó tu ego y se rompió el espejo en que te reflejabas y te sobrevino la desolada oscuridad. Entonces Ramakrishna me pidió que llegase a tu visión para sacarte de esta confusión aunque, Naren, el Gran Demonio está preparando otras trampas que deberás sortear.

24 DE ENERO

“¿Por dónde caminar?”, clamaba en mis meditaciones, y la mirada compasiva y silenciosa de Ramakrishna me decía que nadie podía decirme cuál era el camino, solo yo lo tenía que descubrir.

Solo oscuros laberintos atormentaban mi visión hasta que un escabroso sendero se presentó claro a mi visión y algo en mi interior me dijo que debía recorrerlo. Era el sendero del asceta mendigo”.

El maestro me indica que subamos a tren que conduce el Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna. En un instante el tren arriba a la estación de Hatras, desde donde iniciamos el viaje, y se transforma la visión y ahora veo en 1888 al maestro, hambriento, descendiendo de otro tren que soporta una multitud, y el joven jefe de la estación Sarat Chandra Gupta, subyugado, casi se arroja a sus pies. El funcionario lo invita a su casa, lo agasaja con una succulenta comida, y cuando el huésped agradece y se va a retirar, suplicante, le pide que le permita seguirlo adonde vaya. Sarat Chandra Gupta tomará el nombre de Sadananda.

Esta visión se esfuma y el maestro flotando en otra visión dice:

“Dos años después de la partida de Ramakrishna abandoné el monasterio y vagué sin rumbo con la figura extraviada que

tienen los ascetas mendigos por duros recovecos de la India. ¿Qué buscaba? Como asceta flagelar el cuerpo con crueles disciplinas que convocaban demonios y despertaban poderes que el común de los mortales está lejos de sospechar. El mendigo iba más allá, flagelar su mente en la humillación de los otros, en el desprecio, en la actitud insultante del que da una dádiva o la niega. La India del agónico siglo XIX, una colonia infectada por los demonios de Occidente que potencia los propios, estaba muy lejana en el tiempo del respeto y la reverencia del *sannyasin* errante. Ahora me miraban como un mendigo, quizás un paria, y mi ego no solo aceptaba esa humillante mirada sino que la pedía y hasta la exigía porque en esa humillación encontraba que realizaba un terrible poder, ese poder del que Sadananda confesaba haber quedado fascinado, y comentaba su entrega explicando, *seguí a dos ojos diabólicos*.

El pacto me exigía entregar a alguien, y entonces arrastré a ese pobre jefe de la estación de Hatras a mendigar conmigo, a padecer hambre y sed, a recibir golpes brutales, y también a someterse a los mandatos de mi mente.

Una noche en que nos recogimos en un oculto bosque a descansar quise meditar en Ramakrihsna al advertir que hacía ya tiempo que no recordaba al maestro. Cuando traté de retener su figura concentrado en el entrecejo sentí que mi cabeza era atravesada por una pesada espada y casi pierdo el conocimiento. El feroz golpe lo experimenté como tan real que me llevé las manos a la nuca para comprobar la sangre, pero no había ninguna herida. Quise tranquilizarme pero un odio incontrolable estalló en mi corazón, maldije, renegué del maestro y su enseñanza, creí estar al borde de la locura cuando ví aparecer un demonio mezcla de serpiente y dragón que percibí, salía de su es-

condite en *Kundalini*. El dolor en la espalda y en la nuca era terrible pero no me atemoriqué y le clavé los ojos para descubrirlo. Era un demonio muy viejo que reaccionaba ante la energía de Ramakrishna, la única capaz de deshacerlo. La vibración del maestro lo había obligado a salir maldiciendo a la luz divina que lo había revelado ante mi visión. Quedé aturdido ante los aullidos del demonio que en parte se desintegraba pero lo que quedaba de él, y no era poco, volvía a refugiarse en *Kundalini*.

“Cuando lo termines de entregar desaparecerá para siempre”, escuché la dulce voz de Ramakrishna y junto con su voz volví a percibir esa mirada de infinita compasión.

“¿Qué pacto me llevó a quedar poseso de este monstruo?”, quise saber desesperado.

“Es el demonio de la magia y la seducción, pero lo que buscaste en él fue el poder de la seducción”.

Así desde aquel pacto la seducción te obedece, pero también te domina y manipula, y cuando tratas de controlarlo, asqueado de su poder, te ataca sumiéndote en el vacío y la angustia.

Sigue caminando, hijo mío”, fue lo último que escuché de Ramakrishna y me quedé profundamente dormido en un rincón del bosque. Sadananda, a mi lado, nada había advertido.

25 DE ENERO

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna, llevándonos como pasajeros a Vivekannada y a mí va penetrando en un túnel oscuro hasta sorpresivamente detenerse en medio de sus tinieblas.

Descendemos y vamos caminando por el túnel, guiados por una tenue luz que proviene de la locomotora donde se encuentran El Padre y Ramakrishna.

Me detengo y observo que el maestro se va alejando en las profundidades de ese túnel hasta que de pronto queda envuelto en la danza de voces estridentes y figuras demohumanas que lo rodean dando muestras de enorme curiosidad, que se va convirtiendo en desenfrenada reverencia. Atrás, como director de ese enloquecido coro y maestro del confuso ballet, esfumado en las tinieblas del túnel, una imagen potente que se anuncia como el Gran Demonio lo encara.

“¿Te gustan mi coro y mi ballet? Parecen grotescos, pero no me niegues que tienen su encanto. ¿Sabes a quién representan? A mi mimada civilización Occidental, sin despreciar por supuesto mi consideración por Oriente y sobre todo la admiración que le profeso a la India.

Ya lo sé, los ves demasiado burdos, negados a otra preocupación que no sea la del dólar y el progreso material. Son inca-

paces, te lo reconozco, de la mínima pregunta que apunte al sentido de su existencia en este mundo. ¿Pero tú, Naren, que vives perturbado y torturado por estas preguntas, adónde has llegado? Te molesta, no es mi intención molestarte, si te digo que no llegaste a ningún lado. O más precisamente, Naren, llegaste al fondo de este túnel para encontrarte conmigo.

Por supuesto que este no es un encuentro casual, aunque ahora no lo recuerdes, en muchas vidas nos hemos encontrado y puedo asegurarte que siempre el resultado de estos encuentros fue muy satisfactorio para los dos.

Pero este nuevo encuentro tiene un significado muy especial. ¿Qué de especial tiene este encuentro aquí en las profundidades de este túnel? Escenografías aparte, ¿qué importancia tienen? Este encuentro es muy especial por la propuesta que vengo a hacerte.

Yo soy un viejo Demonio que desde tiempos que ni demonios, demohumanos e incluso humanos pueden imaginar en sus secretas lejanías, vengo gobernando este mundo, y a pesar de mis críticos, siempre hay algún *yogui* o santo desubicado, no lo hago tan mal.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que he logrado voy por más. Es mi naturaleza, ir siempre por más. ¿Y qué es ese más? Te estarás preguntando. Te explico, después del fallido intento del Padre de convertir a la Grecia Clásica en un bastión rebelde a mi poder, te puedo decir que Occidente fue mío. Papas y emperadores fueron mis fieles representantes en la Edad Media. Como lo sabes, porque eres un demohumano leído, del Renacimiento en adelante Occidente fue totalmente mío. Pero te confieso, hay una civilización, la tuya Naren, que pude corromper pero no vencer. A pesar de su descomposición actual, que ya

sabes es mucha, hay una arcaica energía, que en otras épocas trajeron los Rishis y la canalizaron en esa India a la que a pesar de haberla quebrado con las invasiones del Islam, con los mogoles, con los europeos, hay una núcleo que se mantiene resistente, y al que me encapriché en destruir definitivamente.

Y para eso quiero negociar contigo, Naren. Te propongo que vayas a Occidente, ya te diré dónde y cuándo, y lo seduzcas con la magia de la India. Ellos admiran el poder de la locomotora, reverencian los logros de la Revolución Industrial, se arrodillan ante el progreso que les prometo, pero les falta algo Naren, la magia que tú puedes llevarle. Unir la ciencia y la magia es el gran reto que me propuse y tú, Naren, puedes ser uno de esos puentes, el primero y tal vez el principal, que una las dos civilizaciones, y así esa energía irreductible que permanece en la India sea definitivamente desintegrada.

Llevarás a Occidente el conocimiento del misterioso *Yoga*, muchos de ellos están ávidos de su poder, y establecido el canal tus compatriotas que están hundidos en la más miserable de las miserias tal vez por un exceso de mis súbditos ingleses, serán bendecidos por el desarrollo material, la democracia, la libertad individual, que desalojarán el envejecido sistema de castas.

Ya lo sabes porque lo has comprobado, soy muy generoso con quienes muy fielmente me sirven.

No te pido me contestes ahora, nos volveremos a ver”.

El Gran Demonio y sus danzarines se retiran hasta desaparecer en lo más oscuro de la oscuridad del túnel. El maestro regresa hasta llegar a mi lado y nos dirigimos al tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrihsna.

26 DE ENERO

El tren que conduce El Padre y lleva como fogonero a Ramakrishna se detiene en Khetri, donde se encuentra la casa del maharajá de ese lugar, que el maestro tenía previsto visitar.

El maharajá sentía una profunda admiración por alguien que lo podía encantar recitando los versos de los **Vedas**, hablar con fluidez de los pensadores occidentales, provocar con su discurso exaltado la defensa de las masas marginadas y hambrientas, y a su vez vestir los harapos de *sannyasin* errante que se sometía a un estricto ascetismo, y vagar en soledad por la India en procura de esa Verdad que solo podía encontrar en los más recónditos pliegues de su alma.

“Estimado Naren –dirige el maharajá su estocada al centro del corazón del maestro– es usted sin lugar a dudas un hombre excepcional, no he conocido a nadie con su inteligencia y versatilidad. Sin embargo me confunde. ¿Dónde está la Verdad que predica? ¿En la soledad del asceta? ¿En la entrega incondicional a la enseñanza de su maestro Ramakrishna a quien usted tanto venera? ¿En la comunidad del monasterio de Baranagore? ¿En difundir con brillo intelectual los tesoros de la antigua sabiduría de la India? ¿En los movimientos sociales que promueven los revolucionarios de Occidente por los que se encuentra tan influenciado?”.

El maestro se desconcierta por unos segundos ante el cuestionamiento del maharajá, pero rápidamente se repone.

“Es atinada su inquietud, mi estimado maharajá, no se me oculta que ante los otros me muestro asumiendo facetas de mi personalidad que pueden resultar contradictorias y hasta irritantes. Hasta puede suponerse que estoy jugando para divertirme, desconcertando y molestando a los demás.

Sin embargo usted estará de acuerdo que ninguna de mis posturas están solo manifestadas en mis palabras sino que las he encarnado en mi vida. ¿No he permanecido al lado de mi maestro como un fiel devoto mientras vivía? ¿A su muerte no reuní a mis hermanos en Baranagore para perpetuar sus enseñanzas? ¿Acaso no he dado testimonio con mi cuerpo de la vida de *sannyasin* errante? ¿Qué mal hay en revivir en esta época el mensaje de la India milenaria ante las mentes despiertas? ¿Conmoverme ante la miseria de las masas es un pecado?

Mi estimado maharajá, no confundamos la Única Verdad con los múltiples caminos, que a veces pueden parecer contradictorios, que llevan a esa Verdad”.

El maharajá empalidece y es evidente que está avergonzado y dispuesto a pedirles disculpas al maestro cuando irrumpe en el salón una bailarina llena de gracia y sensualidad.

También es evidente que el maestro se siente molesto. ¿Cómo ofender de ese modo a un hombre de Dios?

La bella mujer parece ignorar el desprecio de ese asceta y de un modo que puede verse como impertinente clava sus ojos en los ojos del maestro y canta un poema del santo devoto de Vishnu, Suradas.

“¡Oh Señor, no consideres malas mis cualidades!

Tú dices, Señor para mí todo es lo mismo porque somos Uno en Ti.

¡Haz de nosotros dos el mismo Brahma!

Este trozo de hierro está en la estatua de templo.

Este otro es el cuchillo en manos del carnicero

Cuando tocan la piedra filosofal ambos se transmutan en oro.

¡Así pues, Señor no consideres malas mis cualidades!

¡Tu dices, para mi todo es lo mismo porque somos Uno en Ti!

Esta gota de agua está en el *Jumma* sagrado.

Esta otra en la zanja maloliente.

Cuando se echan en el Ganges ambas se hacen santas.

¡Así Señor, no consideres malas mis cualidades!

¡Tú dices, para mi todo es lo mismo porque somos Uno en Ti!”

La bailarina saluda y se retira dejando perplejo al maestro que aumenta su perplejidad cuando, invisible a los ojos del maharajá, se presenta la figura luminosa de Ramakrishna que le dice:

“¡Cuántos caminos inútiles, Naren!

Caminos circulares que empiezan en tu ego y terminan en tu ego.

¿Y el Amor, Naren?

Te envié a la Madre Divina, no la reconociste y quisiste retirarte ofendido.

Te espero en el tren porque todavía tienes otros viajes que hacer”.

El maharajá se deshace en disculpas ante el maestro, asegurando que jamás había visto a esa bailarina que irrumpió de improviso en el salón donde se encontraban conversando.

27 DE ENERO

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna sigue viaje desde Khetri, atravesando Ahmedabad, Kathiawar, Junagad, Gujrar, Porbandar, Dvaraka, Palitana y después de pasar por incalculables lugares se detiene en las inmediaciones de una caverna. Desde la locomotora Ramakrihsna indica que debemos descender.

Del interior de esa caverna viene un fraile cristiano con una capucha que le cubre el rostro y le dice al maestro que trata de identificarlo.

“No intentes ponerme un rostro porque hace mucho he dejado de tener un rostro.

Has llegado aquí para que te recuerde las palabras de Jesús que debes volver a ser como un niño para encontrar al Padre.

En la caída, Naren, te has hecho demohumano, perdiendo la simplicidad de alma que es la niñez del espíritu.

Es tan simple, pero todavía no puedes verlo.

Crees, Naren, que la crucifixión de Jesús es la tortura del cuerpo al que te sometes en tu ascetismo y que los poderes que te ofrecen los demonios complacidos porque te sacrificas a ellos son los que te llevarán a la Verdad que tan desesperadamente buscas.

No, Naren, ese es el camino del infierno, la crucifixión que testimonió Jesús sacrificando su cuerpo, es la del ego demoníaco del demohombre que lo poseyó desde la caída y él como hijo de Dios y su enviado venía a redimir a las alma caídas en ese ego que los condenaba al infierno de este mundo.

La crucifixión es la muerte de la voluntad egoica, que es la voluntad del Gran Demonio para renacer como un niño en los brazos del Padre.

Vivir fuera del Padre es haber caído en el ego, en la voluntad demoníaca, ese es y sigue siendo en los demohumanos la consecuencia del pacto original.

¡Crucifica, Naren, tu pacto original!

Aunque tienes una fuerte intuición todavía muchas vidas te aprisionan porque al perder en el pacto tu condición de niño en El Padre el camino se convirtió en una confusión de decisiones oscuras que fueron alejando cada vez más la posibilidad de reencontrarte con la luz del Padre y su manifestación en el alma.

El mensaje y la encarnación de Jesús, como la de los otros avatares, maestros y, por supuesto, la del divino Ramakrishna tuvieron como único propósito que los demohumanos empezaran a comprender ese camino de engaños que lo fueron envileciendo y alejando cada vez más del Padre.

Jesús, al morir en la cruz, mostró en la forma más simple y carnal posible, la entrega que por amor hace el alma del ego para borrar con la fe incondicional al Padre el origen de todos los males, el pacto original.

Mira, Naren, con los ojos de tu intuición el sacrificio de la cruz y aflora el discernimiento que te abrirá la posibilidad de una nueva vida en El Padre”.

El fraile se levanta la capucha y ofrece su rostro a la mirada del maestro.

“Te muestro quien ya no soy para que veas quien tu todavía eres”. Vivekananda reconoce el rostro de San Juan de la Cruz.

“Ramakrishna me pidió que nos encontráramos en esta caverna para que veas en mí tu error, que fue el mío, atormentar mi cuerpo y entregarme a los demonios para que me devorasen, y creer que ese es el sentido de la crucifixión.

¿Cómo El Padre podría querer eso?

Jesús aceptó esa muerte porque en su conciencia no era el cuerpo al que solo consideraba un instrumento necesario para manifestar su divino espíritu en el mundo. Lo que el Gran Demonio les mostró a los demohumanos como terrible, en Jesús que era Cristo, no fue más que un testimonio viviente, una representación que llegase a conmoverlos para fisurar sus pétreos egos y que un destello de la Luz del Padre pudiese filtrarse.

Pero ése no era mi camino, ¿cómo iba a serlo si mi apego al cuerpo era tan grande que en este cuerpo vivía mi identidad?

¡Estás mirándome, Naren, en lo que fui y dejé de ser por la Gracia de Jesús que me iluminó y viéndote en lo que todavía eres. Que la Gracia de Jesús y Ramakrishna te acompañen”. San Juan de la Cruz se cubrió el rostro que desapareció de la mirada de Vivekananda y se va envuelto en una brillante luz mientras su voz le dice que vuelva a ser como un niño.

28 DE ENERO

La marcha del tren conducido por El Padre y que tiene como fogonero a Ramakrishna se va reduciendo a medida que se interna en el inhóspito desierto egipcio, estamos en los siglos V y VI, donde están refugiados en sus espacios de soledad esos ascetas que en Nombre de Cristo apuestan al absoluto despojo de mundo para obtener la Gracia de retorno al Padre.

Algunos de estos ermitaños, tocados por esa Gracia, ahora se encuentran en planetas de purificación y hacia esos planetas se dirige el tren, desacelerando ahora su marcha hasta detenerse en un planeta donde la vibración revela:

“Esta es la vía devocional
donde dejamos la mente de lado
para darle lugar al corazón que enseña:
El objetivo es Uno.
La experiencia es Una.
El Padre es Uno”.

De esa vibración surge un asceta, Macario el Grande, al que miramos a través de la ventanilla, y que después de saludarnos nos invita a que ingresemos en su mundo.

“Lo que sabemos y eso nos basta –nos dice Macario al encontrarnos en su cueva– es muy simple: se sale por donde se entró.

No hay necesidad de armas teóricas, para salir por donde se entró solo se requiere una fe inquebrantable en El Padre y una necesidad absoluta de salir”.

“¿Dónde estás y de dónde quieres salir, Macario?”, le pregunta Vivekananda.

“Estoy en el pacto original, en este momento, en este planeta y en esta purificación se está deshaciendo, y comprenderás que lo que quiero es terminar de salir de esa prisión del Gran Demonio y El Padre me ha revelado que no me falta demasiado”.

“¿Cómo fue tu experiencia?”, insiste el maestro.

“Al comienzo engañosa. Los demonios, a los que confundía con los ángeles, me decían que para salir debía destruir el cuerpo en ascetismos y flagelaciones.

Estaba a punto de morir cuando tuve la visión de Jesús que me reveló que ese no era el camino, la destrucción del cuerpo no es más que el agigantamiento del ego, porque estaba alimentando demonios.

La revelación del Señor me hizo comprender que debía salir de ese mundo de pactos, para eso estaba en el desierto.

El camino no era fácil, entrar en lo más profundo de la conciencia para enfrentarme a las legiones demoníacas que con engaños y amenazas buscaban que me detuviese y pactase. La Gracia del Señor me permitió seguir y después de abandonar el cuerpo físico, los ángeles del Padre me trajeron a este planeta a terminar mi tarea purificadora”.

“Macario –dice con algún desconcierto Vivekananda– hace un milenio y medio que te encuentras en este trabajo de purificación”.

“Ese es tu modo de contar el tiempo en Athón. Como *yogui* debes saber que el tiempo es un estado de conciencia. En tu vida física cada día es el interminable tiempo marcado por los ataques de los demonios. Para decírtelo de un modo que lo puedas entender tu conciencia vive los ritmos de la temporalidad en cada golpe demoníaco que puede ser el dolor del cuerpo o aún la molestia de estar cargando ese vehículo físico, o la angustia, el miedo, la ansiedad, la esperanza, todo eso que tortura la mente. Por eso los años de tu vida te parecen interminables y los mil quinientos en que estoy aquí traducidos a tu tiempo atoniano son una eternidad del infierno, eso es lo que estás pensando”.

El maestro asiente lo que Macario afirma que está pensando.

“Reflexiona –sigue Macario– una conciencia sin el peso del cuerpo ni la angustia, ni la ansiedad, ni la esperanza porque no alberga el deseo, ¿puede experimentar el tiempo como tú lo experimentas o vive en el eterno presente del Padre?”.

El maestro le agradece a Macario y nos vamos al encuentro de Juan Clímaco.

29 DE ENERO

La visión de Juan Clímaco en ese planeta donde se encuentran los ascetas del desierto egipcio lo muestra vestido con ropa de fibras de algodón en una profunda meditación.

El asceta percibe que hay algo que está más allá del pacto original pero a pesar de su gran devoción no lo puede alcanzar, le falta la entrega absoluta.

Jesús lo va envolviendo en una luz muy brillante que va sutizando su percepción.

A Poimen le cuesta reconocerse en el nombre que tuvo en Athón y por el que Vivekananda lo invoca.

“Ya no sabía que me llamaba Poimén, ese registro lo había perdido y ahora, al llamarme, lo activas”.

Poimen vuelve a su interior y desde ese estado se dirige a Jesús y le dice que ha empezado a descubrirlo como Cristo en su corazón.

“Estoy cerca, Señor, de alcanzarte”, dice Poimen y se recoge en el más profundo silencio.

La experiencia de Máximo el Confesor consiste en operar como catalizador de energías. Toma energías densas y las va transmutando en sutiles. Ese es el servicio que le ofrece al Padre.

“En el desierto acudían a mí otros ascetas para confesarme sus pecados y que los bendijese con el perdón del Padre.

¿Cómo puede entenderse esto? Lo que me entregaban eran sus pactos que contenían los demonios que los posesaban. La tarea que me había encomendado El Padre era transmutar esa oscuridad en luz. Liberada el alma de esa pena, esa liberación era el perdón y le decía a esa alma que había recibido la gracia de la purificación, las palabras de Jesús cuando sanaba: *Ve y no pactes más*”.

Jesús se le acerca a Máximo y le pregunta:

“¿Has entendido el reino del Padre?”.

“Lo percibí cuando estaba en el desierto convirtiéndome en un canal del Padre para transmutar los demonios de los ascetas, y ahora en este planeta en el que me encuentro después de mi partida, continúo transmutando pactos y demonios de los demohumanos que por alguna misteriosa razón se conectan conmigo, y voy percibiendo el reino con mayor claridad”.

“Te falta, Máximo, una última transmutación”, le señala Jesús.

“Sí maestro, debo transmutar mi pacto original para liberarme definitivamente de este mundo de pactos y demonios”.

Máximo el Confesor se entrega a la gran transmutación.

“¿Padre, por qué no puedo alcanzar tu vastedad?”, ora Juan de Gaza.

“Juan –se le revela al asceta la Voz del Padre– mi vastedad se encuentra más allá de tu mente con la que quieres atraparla”.

Juan de Gaza comprende recién ahora, después de incontables purificaciones en ese planeta, la trampa en la que estuvo

siempre cautivo, querer llevar la vastedad del Padre al cautiverio de su mente.

“Ese, Juan –sigue revelando la Voz del Padre– ha sido el pecado que te ha impedido llegar a mi vastedad, y es el que fascina a todas las almas caídas, querer llevarme al infierno de la mente para que el ego me devore y llevar a cabo la suprema alquimia negra, llegar a ser el Gran Demonio.

¿Comprendes la locura con que te fascinó el Gran Demonio? Llegar a ser él si me capturas y me devoras.

El pobre Lucifer quiere devorarme, esa es su ilusión, y como sabe que eso es imposible los envía a ustedes a que me capturen en su mente y su ego me devore.

Dios mío, ven a mí, oran los devotos del Gran Demonio que quieren llegar a ser como su Gran Señor.

Juan, ya sabes que no debes pedirme que vaya a ti, sino tú debes venir a Mi, y así alcanzarás mi vastedad”.

Observamos a otros, quizás múltiples ascetas, que oran en otros planetas purificadores, pero no nos acercamos porque Ramakrishna nos indica que debemos volver a tren donde él opera como fogonero y es conducido por El Padre.

30 DE ENERO

A medida que el tren que conduce El Padre y tiene como fongero a Ramakrishna se va internando en la India athoniana, después de haber dejado el planeta de la purificación de los ascetas egipcios, se hace más perceptible la densidad de un mundo de demonios devoradores donde la miseria es el paisaje de basura y cuerpos desnutridos que observamos desde la ventanilla.

Lo veo al maestro sollozar y protestar.

“¿Qué hemos hecho nosotros, los supuestos hombres de Dios, los *sannyasins*, qué hemos hecho por las masas?

El deber primero de la religión es alimentar a los pobres y sacarlos de su miseria.

¿Podemos dar la vida por amor a los otros?

Dejemos la lectura de la **Vedanta**, la práctica de la meditación, dejémosla para una vida próxima, que el cuerpo de hoy se consagre al servicio de los demás.

¡Ojalá pudiera yo nacer y renacer de nuevo y sufrir mil miserias con tal que pudiese adorar al solo Dios que existe, a la Suma Total de las almas, y por sobre todo a mi Dios los malos, a mi Dios los miserables, a mi Dios los pobres de todas las razas.

El Gran Demonio mira satisfecho a este buscador de la Verdad, y su satisfacción se debe a que ha logrado borrarle de su

conciencia las visiones de Jesús, San Juan de la Cruz, los ascetas del desierto egipcio, haber olvidado sus palabras y entonces sí pudo inyectarle el veneno de su odio como reivindicación de la justicia, porque tenía que reivindicar la miseria de su pueblo.

Al perder la conexión con Ramakrishna, Vivekananda veía que estaba en sus manos y en los que debían seguirlos, extirpar el mal de la India y del mundo.

El Gran Demonio sólo le mostraba la superficie de ese mal, que no era otro que el que el sistema demoníaco producía, el mal que se mostraba en la miseria, la degradación de los cuerpos, la humillación de los ricos a los pobres, y le decía a Vivekananda que se olvidase de esa Verdad lejana que le transmitió la tradición de los Rishis, y más bien se ofreciese en holocausto para hacer salir de la pobreza material a esas almas sufrientes.

El Señor de la Oscuridad se preparaba un gran banquete con Vivekananda, era un anticipo de la cena que años después disfrutaría con Gandhi.

Vivekananda tenía oscurecida la visión, todavía el discernimiento no guiaba su mirada, para ver más allá de las imágenes sensibles que le mostraba el mundo. No podía percibir los demonios devorando esos cuerpos aniquilados por el hambre, porque tampoco podía ver a esos mismos demonios devorando a los ricos, a los maharajás, y Vivekananda no podía verlo porque no podía ver, cuando se desconectaba de la luz de sus maestros, a esos demonios devorándolo a él, mientras el Gran Demonio le decía que debía convertirse en el salvador de la humanidad.

Cegada su visión divina, exacerbada su envenenada sensibilidad y sediento de poder se promete, o mejor le promete al Gran Demonio, entregar su vida a las masas desdichadas.

¿Cómo ayudarlas? Se pregunta, preguntándole al Gran Señor que lo posee. Este Gran Señor le promete algo tan impresionante que nadie hasta ese momento ha conseguido y él conseguirá.

Le muestra una India que se está desintegrando en su miseria, y si la India muere, morirá su eterna sabiduría, y su destrucción será la del resto del mundo que se verá privado para siempre de la Verdad.

La India es el espíritu pero su cuerpo muere. Occidente es un cuerpo fuerte y saludable, pero sin espíritu. Él deberá unirlos, que la fortaleza del cuerpo se reviva en la India y que su espíritu se traslade a Occidente.

La lógica del Gran Demonio es tan simple como absurda, pero Vivekananda, mirando desde las ventanillas del tren la miseria de la India, y mirándose a sí mismo como el portador de su sabiduría eterna, le compra al Gran Prometedor el rol del gran salvador de la humanidad.

El mundo entero necesita de la India y la India necesita de ese mundo, y él, Vivekananda, tal será el nombre que tomará en su aventura occidental, será el encargado de unirlos.

A principios del otoño de 1892 el Gran Demonio se encarga de que se entere que al año siguiente se reunirá un Parlamento de Religiones en Chicago, en los Estados Unidos de Norteamérica.

Acabado su voto de gran peregrinación alrededor de la India, a fines de octubre le comunica al maharajá de Khetri su intención de ir a Occidente para pedir los medios de mejorar la situación material de la India, y de darle a cambio el Evangelio del Vedanta.

“Negocio hecho”, se ríe satisfecho el Gran Demonio mientras estas escenas ocurren y por las ventanillas del tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna continuamos viendo los paisajes de la India miserable.

31 DE ENERO

El tren que conduce El Padre y que tiene como fogonero a Ramakrishna se detiene en Madrás en enero de 1893 y un mes después, en Haiderabad, Vivekananda anuncia en una conferencia su misión en Occidente.

El Gran Demonio opera como marketinero y programa numerosas visitas y logra imantarle un grupo de discípulos que prometen permanecer fieles aún cuando su maestro se encuentre en el otro extremo del mundo. Además, el Señor de la Oscuridad le dicta las palabras donde Vivekananda atacar  a quienes solo buscan egoístamente su salvación personal, que esta debe ser colectiva, la madre patria debe regenerarse, deben resucitar las fuerzas espirituales de la India e irradiarse sobre todo el mundo.

Vivekananda se exalta cuando anuncia:

“ Ha llegado el momento!  La fe de los indios ha de salir para conmover al mundo!”.

Esta promesa político espiritual conmueve a todos, príncipes, millonarios, clase media, pobres. Poderosos banqueros le ofrecen financiarle el viaje, pero Vivekananda prefiere hacer una alianza con la clase media porque no puede ocultar su resentimiento de clase con los ricos. Entonces le pide a sus discípulos

que busquen suscripciones preferentemente entre la clase media.

“¡Si me lanzo a esta empresa es por el pueblo y los pobres!”, proclama inaugurando en la India un discurso que años después tendrá fuerte vigencia con Gandhi en la India y en Occidente por sus políticos revolucionarios y populistas.

Es un orador de excepción y no puede menos que conmover a los grupos cada vez más numerosos que se reúnen para escucharlo.

“He viajado por toda la India y para mí ha sido una tortura ver la pobreza y la miseria terrible de las masas. Y no puedo contener las lágrimas ante esta tragedia. Ahora tengo la firme convicción de que es inútil predicar la religión a los desgraciados sin antes aliviar su pobreza y sus sufrimientos. Por esa razón para salvar a los pobres de la India voy a partir a América.

No alcanzo a comprender la religión de los que se retiran a su soberbia soledad dándole las espaldas al sufrimiento del pueblo.

Yo también lo he hecho, pero hoy mi corazón se ha ensanchado mucho y he aprendido a sentir el sufrimiento de los demás”.

El Gran Demonio que lo escucha con toda atención aplaude frenético, pero también Ramakrishna desde la locomotora observando a Vivekananda desplegando sus dotes de eximio orador y al Gran Demonio aplaudiendo con frenesí, sonrío satisfecho y le comenta al Padre:

“Todo va bien, está yendo adonde tiene que ir”.

El tren que conduce El Padre y lleva como fogonero a Ramakrishna nos traslada nuevamente a Khetri, donde el maharajá

le obsequia en la despedida la túnica de seda roja y el turbante de color ocre que lo hará célebre en la posteridad.

El tren sale de Bombay el 31 de mayo de 1893, pasa por Ceilán, Penhong, Singapur, Hong Kong, Cantón, Nagasaki, Yokohama, Osaka, Kyoto, Tokio, de ahí seguimos viaje a Vancouver para llegar finalmente a mediados de julio a Chicago.

El Gran Demonio se encarga de que conozca la Exposición Universal de Chicago y dejarlo estupefacto por los maravillosos logros de Occidente.

Viene el primer contratiempo cuando en la oficina de informaciones para el Parlamento de las Religiones recibe la noticia que las sesiones se abrirán el 11 de septiembre, pero las inscripciones ya han cerrado su plazo y por otra parte estas no son aceptadas si el aspirante no está acreditado por alguna organización reconocida.

Vivekananda, en el límite de la desesperación, telegrafía a unos amigos en Madrás para que una sociedad religiosa oficial lo acredite. Pero le jefe de esta organización responde: “¡que el diablo se muera de frío!”.

Pero el Gran Demonio que había organizado esta aventura no podía permitir que su diablo se muriese de frío y lo envía a Boston.

En el tren que conduce El Padre y lleva como fogonero a Ramakrishna partimos para Boston y en ese lugar un buen amigo del Gran Demonio, un helenista y profesor de Harvard, usando sus influencias, le escribe al presidente del Comité y Vivekananda es inmediatamente aceptado en el Parlamento de las Religiones como representante del hinduismo.

El tren regresa a Chicago, y el plan en el que coinciden el Gran Demonio y El Padre, que Vivekananda se presente en ese Parlamento, no encuentra obstáculos.

Ramakrishna, desde la locomotora le comenta al Padre: “Estamos utilizando la energía del Gran Demonio para que Vivekananda pueda ir materializando sus proyecciones. Es una buena estrategia lograr que el gasto lo haga el enemigo. Sin embargo, el propio actor será Vivekananda, cuando todas las proyecciones estén en juego, quien tendrá que decidir el final de esta película”.

1º DE FEBRERO

El Parlamento de las Religiones era una desesperada tentativa de revivir el espíritu religioso que a fines del siglo XIX parecía agonizante. Miro la época y veo el avance imparable de la ciencia, Darwin mediante, consolidándose el positivismo como su coronación filosófica. Los socialismos revolucionarios, religiosamente ateos, prometen la construcción de un mundo más humano. La afirmación de una conciencia libre de toda metafísica esclavizante, de una u otra manera, venía siendo predicada por los pensadores modernos. Descartes, Kant, Hume habían relegado a Dios de los asuntos humanos. Más tarde G. W. F. Hegel hizo descender al impoluto Dios de su solitario paraíso para meterlo en la ciénaga de la historia, donde se desplegaría en el dolor y la muerte para alcanzar al fin su realización Absoluta. Comte hablaba que la humanidad había superado las etapas religiosas y metafísica, alcanzando la verdad en el estado positivo, y de esto formuló una religión. John Locke, en los comienzos de la modernidad reducía a Dios a una superstición de la que no podían depender los asuntos humanos. Feuerbach, en nuestro siglo XIX, se preguntaba *“¿es el hombre una creación de Dios o Dios una creación del hombre?”*.

Marx mostraba la religión como el opio de los pueblos y metaforizaba que Dios no era más que el grito desgarrado del co-

razón del hombre en un mundo sin corazón. El poeta Mallarmé se acongojaba de nuestra época diciendo “*el vacío de Dios nos inunda*”; Nietzsche anuncia la muerte de Dios. La lista de pensadores que arrojaron a la religión al rincón de los trastos viejos sería interminable.

El Parlamento de las Religiones que inicia sus sesiones este lunes 11 de septiembre de 1893, es una tentativa desesperada de dar una respuesta a esta hecatombe del mundo religioso. Observo ese ejército convocado y solo veo múltiples fracciones que se odian más entre sí que el odio que pueden profesar por el enemigo. ¿Qué frente común podían hacer los católicos y protestantes cuando todavía estaban florecidos los odios de la Reforma? Las Cruzadas seguían vigentes en el inconsciente, y en algunos no tan inconscientes, de cristianos y musulmanes. Por otro lado Oriente con su misticismo absolutamente alejado del mundo resultaba incomprensible en una realidad que dolía en su miseria con sus banqueros y desnutridos.

¿Qué tiene que ver el judaísmo en todo esto?

Todas las cartas estaban a mi favor. La verdad no estaba fuera del mundo sino en su sufrimiento. Pero antes del reproche, que me haría un sectario más, debo dar un mensaje que una los fragmentos. Una buena estrategia es hablar al final, dejar que todo vaya cayendo en el tedio de insoportables discursos, para golpear y conmover.

Le pido al cardenal Gibbons que preside las sesiones, aplazar mi exposición hasta el final de la jornada. Cuando todo parece desgastado, de pie e improvisando, exclamo:

“¡Hermanas y hermanos de América!”.

Me detengo para dar lugar a la aclamación de la concurrencia. Recursos de un experto orador. Sigo.

“¡Aceptáos y comprendéos unos a otros!”.

“Quien viene a Mí, sea en la forma que fuera, Yo voy a él. todos los hombres penan por vías que a la postre, conducen a Mí”, cito el **Bhagavad-Gita**.

Me convierto en la fulgurante estrella de Parlamento. En los días siguientes ataco el sectarismo, el fanatismo religioso. Gozo mucho con la mirada de derrota de Annie Besànt, representante de la Sociedad Teosófica, a quien la había despojado de su discurso de unidad religiosa. Pero la inglesa era fría y yo llevo en mi sangre el calor y el fervor de la India. Me causa simpatía el desconcierto de mi amigo de la época de Ramakrishna, Protap Chunder Mazoondar, jefe del Brahmosamaj. “Lo siento Protap – pienso– pero la miseria de la India requiere otros métodos que tu abstracto discurso”.

Ya los tengo en el bolsillo. Ahora tiene que venir el golpe definitivo.

“No hay ningún otro dogma que la divinidad inscripta en el hombre y su poder de evolución indefinida. Está reservado a América proclamar al mundo entero que lo Divino está en todas las religiones. ¡Ojalá os inspire Aquel que es el Brahma de los hindúes, el Ahura Mazda de los zoroastrianos, el Buda de los budistas, el Jehová de los judíos, el Padre Celestial de los cristianos! El cristiano no tiene que convertirse en budista o el hinduista en cristiano. Pero cada cual debe asimilarse al espíritu de los demás, sin dejar de mantener su individualismo y creer según las leyes propias. El Parlamento de las Religiones ha probado que la santidad, la pureza, la caridad, no son la posesión exclusiva de ninguna iglesia del mundo, y que cada fe ha producido hombres y mujeres que son sublimes ejemplos de la humanidad. En el estandarte de cada religión se escribirá pronto, a

pesar de su resistencia, ayuda mutua y no combate, penetración mutua y no destrucción, armonía y paz y no estériles discusiones.

El Gran Demonio levantó el pulgar emocionado, nadie hasta ahora había defendido la religiosidad de Athón con tanta vehemencia.

Ramakrishna, desde la locomotora, también levanta el pulgar, su hijo Vivekananda estaba sacando afuera, para que él los pudiera exorcizar, a una enorme cantidad de demonios.

2 DE FEBRERO

“Disfruto de un desayuno americano como nunca disfruté de un desayuno, en mi vida de asceta no desayunaba, recorriendo los diarios que no escatiman elogios hacia mi persona. El **New York Herald** dice: *“Es, sin duda alguna, la figura más grande en el Parlamento de las Religiones. Escuchándolo sentíamos el absurdo de enviar misioneros a esa sabia nación”*. El **Boston Evening Transcript** me consideraba el gran favorito en el Parlamento explicando: *“Le bastaba cruzar el estrado para que estallaran las aclamaciones. El único medio de que el público siguiera las sesiones, que a menudo causaban su atención, era anunciarle que Vivekananda hablaría al final”*.

Me llegan comentarios del odio que desperté. La prensa me aclama, el público concurrente al Parlamento se rinde a mis pies, pero cristianos, hindúes que se vieron eclipsados en las sesiones, no pierden ocasión de desatar su odio para denigrarme. ¡Y ni qué hablar de los teósofos! No está mal, ladran Sancho, señal que cabalgamos.

Pero de la euforia paso a la más profunda depresión. Las voces se confunden en mi mente. Una me alienta, la misión triunfa, soy el salvador de la India miserable y el predicador de la verdad en América. La otra voz solo me dice: ¡Renuncia! ¡Vive en Dios!

Vuelve a mi conciencia Ramakrishna, al que el éxito había desalojado de mis pensamientos, y le imploro: ¿Qué hacer, maestro? Ramakrishna me mira con profunda compasión pero permanece en silencio.

Estoy lanzado a la acción y no puedo detenerme, la India me necesita para salir de su miseria.

“Swami, no puede desperdiciar este momento de reconocimiento en nuestro país, para seguir cosechando los frutos de la prédica que tan generosamente ha venido a traer a esta tierra de América”, me dice con una gran convicción ese representante de una agencia de conferencias, ofreciéndome una gira por los Estados Unidos.

No dudo, un frenesí me arrastra me arrojo a los brazos del reconocimiento masivo para salvar a la India ¿Acaso no es mi misión?

Ahora mi estrategia debía ser otra; ya los había endulzado en el Parlamento de las Religiones, llegó el momento de atacar para conmover, tenía que pegar duro contra la brutalidad, la inhumanidad, la ignorancia, el fanatismo, la hipocresía de esa nación.

Así me lo indica la voz que guía mis pasos. “Si quiebras con tus palabras las montañas de mentiras que obnubilan sus mentes, sus almas saldrán a la luz y esos corazones sangrantes se conmoverán ante la miseria de tu pueblo. ¿No has venido a América para salvar a la India? Actúa y ataca”.

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna, me lleva a Chicago, Iowa, Des Moines, Saint Louis, Minneapolis, Detroit, Boston, Baltimore, Washington, Nueva York. Mi voz estalla y estigmatizo los vicios, los crímenes, la violencia, el saqueo, la destrucción con que Occidente busca dominar el planeta. Quienes vienen a escuchar un discurso com-

placiente de paz, amor, se retiran ofendidos y defraudados. Como Cristo vine a traer la espada. Y en esas conferencias desenmascaro la falsa religiosidad, y les digo a los cristianos.

“¡Dejad vuestra jactancia! ¿Qué ha hecho vuestro cristianismo en el mundo sin la espada? Vuestra religión se predica en nombre del lujo. Todo es hipocresía cuanto he oído predicar aquí. ¡Todo ese montón de riquezas que invoca a Cristo! Cristo no encontraría entre vosotros una piedra en que reclinar su cabeza. No sois cristianos. ¡Volved a Cristo!”.

El odio que desato es infinito. La voz que me guía me dice que todo está bien.

Cristo también fue odiado y humillado, pero ese fue el precio que tuvo que pagar para salvar a la humanidad. Algún día ese odio se transformará en amor. Esa es mi misión.

Los clérigos cristianos me acusan de todas las bajezas morales imaginables. Miembros de Brahmosamaj, de herejía en mi interpretación de la **Vedanta**. Me acusan de comer carne de buey.

Respondo con violencia a las cartas de mis discípulos de la India que sospechan de mi integridad, los trato de cobardes.

Siento tras de mí un poder inmenso que puede arrastrar todo, que es capaz de limpiar toda la inmundicia del mundo que puede mandar al demonio a esa muchedumbre conformada de crédulos e hipócritas.

No me asustan las amenazas ni los chantajes, tampoco me seducen las promesas de los falsos aliados.

El Gran Demonio aplaude como hacía tiempo no aplaudía a ningún demohumano.

Ramakrishna en la locomotora le comenta al Padre que la experiencia de Vivekananda se está cumpliendo tal como fue prevista.

3 DE FEBRERO

“Soy un profeta, un iluminado, un reformador religioso que ataca a los fariseos porque busca revelar en la religión su espíritu de Verdad. Pero la religión es también revolución, su sagrada misión es reivindicar a los desposeídos a los que nada tienen, a los hambrientos. Tengo la convicción de Lutero ante la corrupción de la Iglesia de Roma, la entrega de San Francisco, la fuerza de los revolucionarios de Occidente. Por eso les escribo a mis discípulos en la India exhortándolos a la lucha.

“¡Esforzáos, hijos míos! Soy llamado por el Señor para transmitir la Verdad. La esperanza está en vosotros, en los pequeños, en los mansos, en los fieles.

Amad a los miserables y pedid ayuda al cielo. Tened esperanza porque ya vendrá.

He viajado con ese peso en el corazón y esa idea en la cabeza. He llamado de puerta en puerta, en casa de ricos y poderosos, sangrándome el corazón. He cruzado la mitad del mundo para llegar a esta tierra extraña buscando por todas partes socorro.

El Señor me ayudará.

Puede que perezca en esta tierra, de hambre y de frío.

Pero los dejo, jóvenes, mi amor, mi combate por los pobres los ignorantes, los oprimidos.

¡Besad la tierra ante el Señor, y haced por ellos el sacrificio de toda una vida!

¡Haced el voto de consagrar vuestras existencias enteras a la redención de esos trescientos millones que caen, que caen más bajo cada día!

¡Gloria al Señor! Venceremos.

Centenares sucumbirán en la lucha. Centenares volverán a la lucha.

¡Amor y fe! La vida no es nada. La muerte no es nada. ¡Gloria al Señor! ¡Adelante! El Señor es nuestro general. ¡No miréis atrás a los que caen! ¡Adelante!

Estoy aquí entre los hijos de María y el Señor Jesús me ayudará.

La mente me estalla, por momentos me parece estar cruzando la frontera de la locura, pero ¿acaso los profetas no están locos para el mundo pero iluminados para el Señor?

¡Basta de religiones que albergan mercaderes, no está mal haber nacido en una iglesia, pero es terrible morir en ella.

Y sigo hostigando a mis discípulos para que resuciten, como Jesús hizo resucitar a Lázaro.

¿Qué me importa que sean hindúes, mahometanos o cristianos? Pero los que aman al Señor podrán contar siempre con mi servicio. ¡Hundíos en el fuego, hijos míos! Todo se les dará si tenéis fe. Que cada uno de vosotros ruegue, día y noche, por los millones de seres aplastados en la India, que viven sometidos a la pobreza, los brahmanes corruptos y los tiranos. No soy metafísico, filósofo o santo. Soy pobre, quiero a los pobres.

¿Quién simpatiza en la India con los millones de hombres y mujeres sumidos en el fondo de la ignorancia y de la pobreza?

¿Quién les enseñará el camino para salir de ella? ¿Quién los llevará a la luz?

¡Que esos pobres sean vuestro Dios!

Solo a aquel cuyo corazón sangra por los pobres llamo yo un mahatma.

Mientras millones vivan en el hambre y la ignorancia considero como traidor a todo hombre que, después de haber sido educado a costa de ellos, los ignore en su miseria.

Lo miro a Vivekananda exaltado con los ojos afiebrados, solo contenido por el Amor de Ramakrishna.

Mientras recorríamos América en el tren que conduce El Padre y lleva como fogonero a Ramakrishna el mismo Padre me explica la profunda posesión de Vivekananda.

“El Gran Demonio, cuando reconoce a un alma que sinceramente me está buscando, descarga en su mente profundas y engañosas semillas de confusión.

Así ocurrió y ocurre en el Athón de todos los tiempos. Orígenes, un cristiano fervoroso de la antigüedad, creyó que castrándose alcanzaría el cielo. ¡Cuántos cristianos se arrojaban poseos a los leones en el circo romano porque esa era la prueba de fe en el Señor que los arrojaría a la salvación! ¿Acaso los musulmanes que en el siglo XXI provocaron la tragedia de las Torres Gemelas no estaban convencidos que entrarían al Paraíso de Alá? La salvación en el cielo de los héroes shintoístas arrastraba a los *kamikazes* japoneses en la Segunda Guerra Mundial al suicidio religioso. ¿No morían los Cruzados en la Edad Media en nombre de Cristo?

También los victimarios matan en nombre de Dios; el fuego de las hogueras inquisitoriales era para salvar la verdadera fe.

La matanza de los aborígenes de América tenía como símbolo la cruz y la espada.

Vivekananda es producto de las semillas demoníacas que el Gran Demonio sembró en las conciencias más intensas del siglo XIX. Quien con alguna información sobre el pensamiento de la época pueda discernir sus exaltadas palabras encontrará la soberbia profética de Nietzsche y el mesianismo social de marxistas y anarquistas, ancladas en arcaicos *samskaras* de la tradición espiritual de la India, dosificados en un lenguaje cristiano, una mezcla explosiva que de activarse solo puede llevar a la locura y al suicidio.

Estos son los monstruos que Vivekananda está vomitando en sus palabras –y es bueno que los vomite porque de lo contrario se envenenaría– y que Ramakrishna está exorcizando. Vivekananda es un ego gigantesco –activado por el Gran Demonio– que está en un proceso de transmutación para que se transforme en una conciencia que vaya en búsqueda de su alma”.

4 DE FEBRERO

¿Quién soy? Aquel a quien en medio de la opresión que ultraja a los pueblos le ha sido otorgada la misión que concentra el vino del espíritu eterno. Y digo: ¡Tomad y bebed que esta es mi sangre, soy el Cristo de las Naciones!

Llego a Occidente para el gran canje que liberara a los pueblos, los ricos beberán del Espíritu Eterno, los pobres se liberarán de su ignominiosa miseria. Occidente no solo nos ofrece el bienestar material sino los bienes sociales, morales, políticos que son patrimonio de su cultura. La emancipación de las mujeres occidentales frente a la reclusión de las hindúes, es un vivo ejemplo de esta superioridad.

Pero nosotros devolveremos con creces lo que ellos pueden darnos porque tenemos la clave de la liberación por el espíritu, la llave de la puerta que lleva a Dios y que está en el hombre, y que posee el más desnudo de los parias”.

Ramakrishna desde la locomotora muestra la terrible ceguera con que el Gran Demonio había sumido a Vivekananda. El creía ser un visionario y estaba ciego. Quien se suponía poseedor del discernimiento se encontraba encandilado por la apariencias que cubrían una sociedad cruel, hipócrita. El árbol le impedía ver el bosque. Estigmatizó en sus conferencias a los poderosos, a los clérigos que habían traicionado a Cristo, pero

su ceguera le impedía ver la ciénaga en la que se hundía esa demohumanidad a la que quería ayudar.

¡Era pedirle ayuda a Satanás para que los libere del infierno!

En la locura de la posesión sufría mucho, en la posesión siempre se sufre. Pero en su inconsciente vivían los *samskaras* del *sannyasin* errante, del rey cruel, del religioso lleno de culpas, del *pandit* que deslumbraba con la palabra de los **Vedas** y esa masa de *samskaras* pétreamente solidificada tenía que ser desmontada, y solo este gran sufrimiento podía expulsar esos poderosos demonios que la conformaban. Por eso fue necesaria la humillación, someterse a inescrupulosos *managers* que lo llevaban de gira presentándolo como un fenómeno de circo, mientras él creía que estaba esparciendo en territorio fértiles semillas de la **Vedanta**.

Casi hipnotizado escucha los altoparlantes que lo anuncian como uno de los gigantes de la tribuna haciendo referencia no solo a sus virtudes morales sino a su imponente presencia física, adornada por la extravagante vestimenta.

Se desprende de los *managers* para caer en manos de sus amigos ricos que lo financian y recorre el territorio desde la Costa Atlántica hasta el Misissippi dando dos conferencias diarias.

Comprende que esta carrera loca no lo lleva a ningún lado, o peor, lo lleva al aniquilamiento físico y psíquico. En realidad esto lo comprende el Gran Demonio que no quiere matar la gallina de los huevos de oro y lo incita a formar discípulos y dar cursos gratuitos.

Se irrita con sus amigos ricos que quieren hacer las cosas como se debe, los abandona y con un grupo de estudiantes pobres alquila en un barrio marginal unas habitaciones semides-

truidas y sin muebles, y al crecer la concurrencia, habilita el descanso y la escalera para su público.

¡Ahí estaba el germen de la salvación de la humanidad!

Vivekananda es el maestro que transmite la sabiduría, lee los **Upanishads**, enseña el *Raja* y el *Gñana Yoga*, las enseñanzas se completan con el estudio de la razón científica.

¿Cuál era el propósito del Gran Demonio, además de destruir a Vivekananda?

El Señor de la Oscuridad posee lo que traducido a este plano puede llamarse el poder de la videncia. De algún modo percibe que un movimiento de energías no controlables, que tienen su base en la India, llegarán a Occidente.

Está percibiendo, aunque no es su magnitud, este Plan del Padre que atravesará sus fronteras para liberar las almas.

El Gran Demonio ante esta amenaza que lo perturba decide operar sobre un demohumano que tiene, aunque todavía sin procesar, esas energías del Padre, entonces decide adelantarse y mediumizándolo para que las aborte en una aventura disparatada.

Por supuesto que esto no podía ser más que la fantasía de un Lucifer desesperado. ¿Cómo este escenario ridículo que montaba podía afectar el Plan del Padre? De ningún modo, pero esto era lo único que se le ocurrió y podía hacer. Vivekananda para el Gran Demonio se convertía en el canal de lo que consideraba un modo de neutralizar el Plan, degradando la energía de la **Vedanta** al proyectarla sin sentido, porque ni él era el canal del Padre para hacerlo, ni Occidente en esos fines del siglo XIX tenía la más remota posibilidad de recepcionarla.

Años más tarde, llegará Yogananda ahora sí como enviado del Padre, y ya se vio que no pudo en América llevar a cabo el

Plan por lo inhóspitas que eran las almas que debían comprenderlo, pero sí múltiples semillas de luz fueron sembradas por la acción de este maestro.

En su alucinación Vivekananda continúa la tarea que impulsa el Gran Demonio, y habla de la libertad, el coraje, la castidad, el pecado de creerse débil y dice que la individualidad era su santo y seña e intenta formar individuos.

Persigue con tenacidad su aventura, convencido que si lograba que alguien alcanzase la libertad su tarea no habrá sido en vano.

5 DE FEBRERO

Vivekananda está agotado. No es solo el cuerpo atacado cada vez más ferozmente por los demonios de la enfermedad que lo agobia, sino es la mente la que lo atormenta. Quiso crear *sannyasins* libres y se encontró con una sociedad de mercachifles. Solo algunos discípulos que parecen fieles lo reconfortan. El Gran Demonio lo quiere retener en América tentándolo con seductores ofrecimientos, la cátedra de filosofía oriental en Harvard, y la de sánscrito en Columbia. No cae y la rechaza.

Ramakrishna le coloca la mano en el bulbo raquídeo y le pregunta:

“¿Qué es lo que experimentaste en este viaje?”.

“Repeticiones –responde seguro Vivekananda–, y en los intersticios de las repeticiones intentos de aislarme del mundo que eran frustrados por la culpa de no cumplir la misión que me había traído a América”.

“Naren, tienes que trascender lo que llamas realidad, pero no es aislándote como lo lograrás”.

“No busco nada, maestro”.

“No es no buscar nada el camino sino buscar al Padre.

Si tuvieses que hablar ante un millón de personas buscando al Padre, el personaje no actuaría sino que sería El Padre quien pronunciará las palabras.

Si hablas ante uno solo sin buscar al Padre estarás en manos de los demonios.

¿Cuánto hace, Naren, que no buscas al Padre?

Vives apegándote y rechazando el mundo, por eso solo puedes experimentar la repetición, girar en círculos, creer en la ilusión de algo diferente y siempre es lo mismo.

El desafío que tienes es seguir sin identificarte con nada, pero buscando al Padre.

Viniste a América con una clara opción, crecer como demonio o deshacerte de la condición demoníaca entregándote al Padre y entonces descubrir tu condición divina.

Esta conversación quedará grabada en tu inconsciente, todavía no puedes hacerla consciente, hay muchos demonios que bloquean tu conciencia. Ahora nos vamos de viaje”.

El destino del viaje es Europa y el tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna cruza el océano y recorrerá Inglaterra, Suiza, Alemania, Italia.

Llegamos a Inglaterra y Vivekananda queda subyugado, lo veo en sus ojos que delatan su pasión.

“Estoy subyugado por el Imperio Británico”. ¡Qué contradicción! El colonizado enamorado del colonizador. Nadie llegó a Inglaterra con la carga de odio con que llegó. Nadie se convierte tan pronto y llega a amar tan profundamente a los ingleses. “Es una nación de héroes, verdaderos *kshatriyas*, bravos, constantes, de emociones reprimidas, pero de corazón profundo que alberga una voluntad heroica. Ganar el corazón de un inglés es tenerlo para siempre. Es una raza digna de envidia con un sentido práctico que la destina al logro de los más grandes frutos.

¿Qué puedo comprender? Es necesario apoyarse en la grandeza de esta gran Nación para realizar el imperio espiritual de la India.

Estoy sorprendido y apabullado. La gran prensa llega a compararme con Buda y Cristo. Así lo expresan nada menos que el **Standard London Daily Chronicle** y la **Westminster Gazzette**.

Me reciben con enorme respeto tanto la más rancia nobleza como los más importantes clérigos. Los equivalentes a los que en América me repudiaban.

Doy clases de Vedanta enfocándome en el *Gñana Yoga*, conferencias en la Galería de pinturas de *Picadilly*, en el *Princess Hall*, en la Sociedad Teosófica que preside Annie Besànt, en clubs, centros educativos, círculos privados.

¡Estoy en la gloria! ¡Qué contraste la superioridad del público inglés con la superficialidad del americano!

Si alguna vez quise desertar porque creí que estaba loco, ahora estoy seguro que si alguna locura me posee es la de los locos de Dios que cumplen con una gran misión.

Recojo discípulos como frutas maduras que caen del árbol del Padre.

De pronto la fatiga me aturde y es como si se desvanecieran los promisorios futuros. He empezado la obra, que otros la acaben. Para ponerla en pie me he manchado con dinero, con bienes, ya hice mi parte. No tengo interés en la **Vedanta**, ni en ninguna filosofía, ni en el trabajo. Todo me tiene hartado. Me preparo para partir, para no volver más a este infierno. A veces el grito se acalla y asumo que mi misión es irrenunciable. ¿Contradicciones? La conciencia es contradictoria, es la naturaleza de su ser.

Estoy feliz porque el gran hinduista Max Müller me reconoce en mi dimensión espiritual.

En Suiza, en los Alpes, entre el Mont Blanc y el Gran San Bernardo, sueño con fundar un monasterio para reunir a mis discípulos de Oriente y Occidente.

En Alemania, el reconocido hinduista Paul Deussen me alienta.

En Inglaterra dicto cursos sobre *Maya* y la *Advaita*.

En Italia me emociono recorriendo las catacumbas, me conmueven los recuerdos de los mártires cristianos.

Una voz me anuncia que debo regresar a la India.

El tren que conduce El Padre y lleva como fogonero a Ramakrishna me está esperando para el regreso”.

“A pesar que todavía lo tiene sumido en su delirio, el Gran Demonio va perdiendo fuerzas”, le comenta Ramakrishna al Padre mientras el tren emprende la marcha con destino a la India.

6 DE FEBRERO

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Ramakrishna el 15 de enero de 1897 entra a los muelles de Colombo, en Ceylán. Sorprendido, Vivekananda mira por la ventanilla una multitud que se ha congregado para recibirlo. La noticia de su éxito en Occidente ha llegado a los oídos de ese pueblo colonizado, vencido, humillado y Vivekananda expresa la venganza. Occidente tuvo que postrarse ante la sabiduría de la India. Las masas lo aclaman, agitan banderas, arrojan flores al paso del tren. Es el regreso del dios triunfante. El mismo espectáculo se repite en Kandy, Anaradupara, Jafna, Pambar, Rameswaran, Ramnad, Madura, Trichinapoli, Madrás, Bengala. No solo los pobres lo adoran a su paso, también rajás, *pandits*, brahmanes se han unido en ese festejo que parece interminable. El viaje es lento porque el tren debe detenerse permanentemente porque muchos adoradores están acostados en las vías interrumpiendo su paso porque quieren verlo, tocarlo y Vivekananda abre la ventanilla, saluda, agita las manos, besa a los niños. Le piden que hable, que diga algo, que los bendiga.

“Somos pobres, hijos míos, no somos nada; pero los que no son nada son siempre los instrumentos del Altísimo. Van a cumplirse grandes cosas. No tengan miedo. Vuelvo a la India y esta-

remos de pie esperando el futuro. Valor y trabajo es la consigna. El Señor nos acompaña”.

Vivekananda se siente como un general romano que regresa victorioso de la más importante de las conquistas. Una nación entera le rinde tributo al gran vencedor de Occidente. Los pueblos de la India están a sus pies, le levantan arcos de triunfo, se decoran las calles y las casas. La multitud canta himnos religiosos, se rocía el tren con el agua del Ganges. En las grandes ciudades se forman comités de recepción. Ya no es el *sannyasin* errante que mendigaba por los caminos. Ahora está aclamado por masas delirantes que lo veneran. Alguien se sube peligrosamente a la locomotora en marcha, se desliza al vagón y le pide la bendición. Es el rajá de Rammad. En una estación donde se agolpan frenéticos seguidores Vivekananda promete que se fundarán dos cuarteles generales en Madrás y en Calcuta, y también en Bombay y Allahabad.

“Solo les pido organización, trabajo y disciplina y el triunfo será inevitable”, pide mientras las multitudes braman y el tren continúa su marcha acompañado durante un largo trecho por un séquito donde desfilan elefantes y camellos.

En cada pueblo el tren se detiene y Vivekananda con el cuerpo fuera de la ventanilla predica.

¡Adorad a Shiva en los pobres, los indefensos, los enfermos!

¡India mía, levántate! Tu fuerza está en tu alma esencial.

Una figura extraña, cubierta con una capa negra a pesar del intenso calor, hace señas para que el tren se detenga. Sube a la locomotora y después de unos instantes aparece en el vagón acompañado por Ramakrishna.

“¿Lo conoces, Naren?”, pregunta Ramakrishna y ante la pregunta y frente a la extraña figura de capa negra Vivekananda empalidece.

“¿Me reconoces, Naren? Por supuesto, soy tu amigo, el Gran Demonio”, dice con voz pausada la extraña figura de capa negra.

“Ya sabes como son la reglas de este juego, tu alma debe decidir cuál camino elige, de ahora en adelante no puede viajar acompañada por El Padre y el Gran Demonio. Uno u otro. Si eliges al Padre continuarás en el tren, si lo eliges a él te irás con la multitud que te espera enfervorizada.

Los dejo para que escuches su propuesta.

Ahora, Naren, tu alma está sola, me retiro para que conversen tranquilos”, dice Ramakrishna desapareciendo del vagón.

“Sentémonos, Naren, en estos cómodos sillones para que hablemos con toda tranquilidad”. Vivekananda que desde la llegada de Ramakrishna con el Gran Demonio había permanecido de pie, se sienta buscando relajarse en el sillón y el Gran Demonio, muy distendido, se acomoda en el sillón de enfrente.

“Naren, ¿pueden valer algo mis palabras ante la visión de tu pueblo al que dices amar hasta inmolarte por él, en caso de ser necesario? No te voy a pedir que te inmoles, no es ése mi propósito, sino que te pongas al frente de esa masa desesperada que está dispuesta a entregarse incondicionalmente a lo que le digas, y la llesves a liberarse no solo del colonizador inglés, sino de su hambre y su miseria, que es lo que siempre has querido, y por lo que has ido a Occidente. Entonces tendrán libre el camino del espíritu que vives y proclamas.

Es tu oportunidad Naren, no la desperdicies. Si te digo que no la desperdicies es porque hace poco se presentó en mi ofici-

na un joven abogado hindú que se encuentra en Sudáfrica y me dijo que estaba dispuesto a pactar lo que fuera necesario si lo convertía en el liberador de la India. Se llama Mohandas Karamchand Gandhi. Le dije que antes tenía que hablar con un amigo al que por sus cualidades lo veía como el liberador de la India. Naren, si deseas ser inmortal en la historia, desciende de este tren que ahí está el pueblo que te espera”.

El Gran Demonio desaparece, y después de unos segundos se vuelve a presentar Ramakrishna que le pregunta si ya tomó su decisión.

“Maestro –responde sonriendo Vivekananda– vamos al templo de Kali”. Y así el tren que conduce El Padre y que tiene como fogonero a Ramakrishna sigue su marcha con destino al templo de Kali.

7 DE FEBRERO

Vacío del encantamiento de tantos años, el que lo poseyó desde la partida de Ramakrishna, habiendo desechado la tentadora oferta de convertirse en la máxima figura de la India, el liberador de su pueblo del colonialismo inglés –en la letra chica del pacto que le ofrecía el Gran Demonio estaba la prolongación de su vida hasta que ese acontecimiento fuese posible– Vivekananda entra al templo de Kali donde la diosa, que no es otra que la Madre Divina, lo espera sonriente.

“Mi pobre niño, el Gran Demonio te hizo creer que debías cuidar de tu pueblo liberarlo de la pobreza y durante todo este tiempo yo te tuve que cuidar, cuidar tu alma constantemente asediada por los demonios.

Estabas ciego al mundo porque estabas ciego a ti mismo, identificándote con tu poderoso ego, vulnerable a la peor de las tentaciones, la de creerse el Dios que debía salvar al mundo.

La trampa que te tendió el Señor de la Oscuridad era infantil, como son todas sus trampas, pero tú, el monje, el asceta, el místico, el intelectual brillante, el liberador, caíste como el más ingenuo de los niños, y fue así, Naren, porque nunca dejaste de ser un niño.

¿Cómo podías suponer que una demohumanidad posesa, volcada al mundo material en el desenfreno de su ambición podía captar el sublime espíritu de la **Vedanta**?

Lo que ocurría, Naren, es que por más que hablaste de la **Vedanta** nunca la entendiste, solo eran palabras interpretadas por el Gran Demonio, que las creías verdaderas.

En tu posesión no era posible ese registro del Padre que en lejanos tiempos transmitieron los Rishis.

La **Vedanta** es una vibración que solo se registra en los más elevados grados de la supraconsciencia y tu pretendías que la habías captado con tu mente para canjearla por el bienestar material que Occidente, subyugado por la Verdad, traería a la India.

Pretendías hacer la transacción de comercio internacional más impresionante que se haya realizado nunca en la historia.

Tu maestro Ramakrishna te había dicho que debías transitar el infierno porque solo de él podías aprender. ¿Y qué es el infierno sino la más infantil de las ilusiones? Pero el infierno no es una ilusión como algo inocente, evanescente, sino que es la ilusoria densidad que te devora y tu purificación, Naren, como cualquier purificación de un demohumano consistió en transitarlo entre sus llamas, bordear sus abismos.

Así lo hiciste, con tu cuerpo que se consumía y tu mente que te llevaba a toda la variación de las locuras, la del maestro monástico de Baranagore, la del asceta mendigo que creía en la salvación por medio de la autoflagelación, la del ego que se desgarraba ante la miseria de los cuerpos y como demonio no podía comprender la abismal miseria de las almas.

A todo eso, Naren, te arrastraba tu afiebrada mente gobernada por el Gran Gobernador de las Mentes.

Qué satisfacción sentías cuando te reconocían, te alababan y qué vacío, qué angustia, qué odio cuando te despreciaban, te humillaban.

Querías vengarte, Naren, el mundo comprendería quien realmente eras, y el Occidente que no se cansó de humillar a ese hindú de rostro oscuro y disfrazado con una túnica roja y un turbante ocre, sentiría el puñal de tu venganza.

Los ingleses, a quienes envidiabas, y por envidiarlos los odiabas, serían arrojados de la India por tu pueblo miserable y pobre. Y tú estarías al frente de esas masas y los diarios del planeta te glorificarían como el liberador de la India del yugo inglés.

Serías, Naren, un grande en la historia. Te imaginabas, aunque jamás lo confesarías, al lado de Alejandro Magno, Julio César, Napoleón. Pero serías superior a ellos porque no serías conquistador sino liberador, y no solo un liberador de su tierra y su pueblo usurpado, sino liberador de las almas, no solo las de tu pueblo, sino de todo Oriente y Occidente.

Eras un Cristo moderno.

¡Mi pobre niño!

Ya lo ves que ahora, apaciguadas las llamas del infierno que te arrastraban a la más demoníaca de las locuras te ves indefenso, frágil, vacío y vienes a mi templo para que te acune y consuele.

Has empezado, Naren, el verdadero camino de la liberación que solo puede empezarse cuando se aprendió de las torturas del infierno”.

El llanto de Naren se transforma en una incomprendible alegría cuando el templo se ilumina y un Sol immaculado lo va envolviendo.

“Es El Padre, Naren, que ha venido a ayudarte enviando a Solaris, una manifestación de su infinita misericordia que debes recibir con una fe absoluta para que vacíe tu mente y la llene con su luz, florezca tu corazón quitándole los sellos con que fue clausurado por incontables pactos y así puedas llegar a la percepción de la Energía del Padre, que transmute el Athón que vive enraizado en tu inconsciente.

Mírame que te daré la visión de los *mantrams* para que invoques a Solaris”.

8 DE FEBRERO

Y la Madre Divina, en el templo que la reverencia como la diosa Kali, me da el primer *mantram* para que invoque a Solaris.

Solaris,

enviado del Padre,

El Padre mismo,

te pido

transmutes en luz las semillas

que forman el espeso e ilusorio

muro del pacto original, y lo conviertas en el camino

que lleve a mi alma a su Origen Divino.

Todo se oscurece y ahí está el muro del pacto original. Es un molusco negro partido por incalculables heridas sangrantes, y cada herida es un surco de Athón, un gesto, una civilización, una matriz de mundo donde, enllagadas y putrefactas habitan las conciencias demohumanas que lo gestaron, ahí esta la matriz de la Venus Negra que alquimiza y pare demonios y demohumanos, y el molusco negro y gigante cubierto de heridas sangrantes baila frenético, porque el pacto original es el baile donde Athón baila con esos demonios y esos demohumanos, y yo, el gran Vivekananda, el monje que quiso y no pudo elevarse a las más elevadas místicas, el asceta que se flageló como lo flagelaron a Cristo, el intelectual que maravilló a su propio ego

que creció desmesuradamente al escucharlo, el rebelde que revolucionaba a las masas hambrientas y se enfrentaba a los religiosos hipócritas, yo, Vivekananda, ¿dónde estoy ahora y estuve siempre? En el estómago de ese molusco negro y gigantesco ahogado por la sangre de sus heridas, pronto a terminar de ser devorado para luego ser vomitado, como incalculables veces fui devorado y vomitado, y hasta allí llega Solaris. Y Solaris me pregunta:

“¿Renuncias al poder?”.

Y al reafirmar la renuncia al poder que me había ofrecido el Gran Demonio cuando viajaba en el tren que conducía El Padre y tenía como fogonero a Ramakrishna, este Gran Demonio se va quemando en el fuego de Solaris y se reduce a cenizas.

El muro, el molusco negro y gigante, me mira con sus ojos brillantes y horrorizados mientras muere y no experimento en su muerte ningún sufrimiento, nada doloroso que me encadene a nada y más allá de las cadenas, en el Monte Calvario veo que se disuelven los clavos y la cruz donde estoy crucificado, y en mi conciencia comienzan a crecer y dar frutos las semillas que sembró Jesús en su crucifixión.

El alma que estaba congelada en mi crucifixión comienza a florecer y a elevar sus flores al Padre.

Donde estaba el muro que era ese molusco negro gigante y sangrante ahora, envuelto en la luz de Solaris está Buda sentado en un templo, uno de sus principales templos, el templo del incienso, llamado así porque está cubierto por el aroma de los más fragantes inciensos, y en las paredes de ese templo están las imágenes de toda su vida, desde el nacimiento hasta la liberación.

Junto a Buda salgo del templo y me siento debajo del gran árbol que da una sombra muy fresca y donde corre una brisa que limpia todos los pensamientos que pueden perturbar, y me lleva a un estado tal de quietud donde desaparecen todas las imágenes y solo es perceptible una energía purificadora intensísima que transmuta todo apego toda conexión con Athón.

Buda me dice:

“Aquí he sentado a mis discípulos para que compartan conmigo la vibración que les abra el corazón para que puedan recibir mi enseñanza, para que liberados puedan acompañar a los que tienen hambre y sed de la Verdad del Padre”.

Buda sonrío, toca mi mente y la luz de Solaris me envuelve.

Allí me quedo en quietud y silencio, dejándome fluir por ese camino que me lleva al Padre.

Las imágenes del personaje Vivekananda, que no son más que los rostros del infierno, se van desvaneciendo en la luz del camino.

En el templo de Kali, la Madre Divina me ofrece su dulce sonrisa y Ramakrishna a su lado me bendice.

“Largo y dificultoso, Naren, ha sido el viaje que hemos hecho en ese tren que conducía El Padre y que me llevaba a mí como fogonero. Un alma como la tuya que había llegado a Athón desde los más elevados cielos del Padre, tenía que ser acosada y tentada por el mismo Gran Demonio que decidió ocupar la función que en el común de los demohumanos lleva a cabo el demonio personal.

¿Te explicas ahora al límite que te llevó con sus promesas y engaños? Pero el viaje ha terminado y el Gran Demonio ha sido vencido. Ahora, Naren, es otro camino, el camino de los maestros el que tendrás que recorrer en compañía de Solaris.

9 DE FEBRERO

**Solaris,
enviado del Padre,
El Padre mismo,
te pido
que en tu recorrido por mi inconsciente quemes
las semillas de los incalculables pactos, para que
pueda enfrentarme con la semilla del pacto original.
Divina Presencia
te pido
alumbres mi alma para que pueda tomar la decisión
de quemar esa semilla para siempre.**

En la luz del templo de Kali, en presencia de la Madre Divina la energía de Solaris rompe los sellos que cerraron el inconsciente desde el mismo momento de la caída y van saliendo imágenes atroces que fueron invocadas en los pactos de todas las vidas.

En el núcleo de cada imagen está la semilla que le dio vida y que el fuego de Solaris va quemando.

Al repetir el *mantram* siento la vibración del alma que reclama ser liberada.

La energía de Solaris me da la señal que está presente operando en esta transmutación.

“Todo guarda un orden perfecto en el Plan Divino y soy parte de ese Plan”, dice Solaris.

“¿Cuál es tu intención, Solaris?”, le pregunto y Solaris responde:

“Despertar en el alma la pertenencia al Padre. En esa pertenencia el alma va encontrando la apertura a la trascendencia”.

Columnas de fuego van descendiendo por la columna vertebral y escucho agonizantes aullidos demoníacos cuando el fuego va ingresando en las semillas sembradas por los pactos.

El fuego que se va desplazando avanza cada vez más lentamente y Solaris explica:

“Hay que ir de a poco, las semillas se van ocultando en pasadizos protegidos por poderosos demonios. Frente al fuego del Padre toda defensa es inútil, pero es necesario ir quemando de a poco para que no estallen los *chakras*”.

Visualizo la Presencia de Solaris recorriendo todos los laberintos de los *chakras* y quemando para transmutar bolsones de energía degradada.

En una primera capa aparecen las manifestaciones más externas de lo demoníaco, las energías de los sentimientos, de mis personajes de tantas vidas, del carácter de mi personalidad actual.

Solaris borra todo eso con una leve lengua de fuego y atrás aparecen los demonios pesados saliendo de esas semillas, y en el fondo de esas semillas la Gran Semilla, el Gran Demonio en mí que es el único que piensa, siente, habla, actúa en los demohumanos que están bajo su control.

“¡Solo la fe y el discernimiento te permitirán entregarme esa Gran Semilla”, me dice Solaris quedando su fuego expectante ante mi decisión.

La Gran Semilla se despliega con todas las tentaciones, siento que busca seducirme para mantener el encadenamiento a los personajes que me vienen arrastrando en los tortuosos caminos de Athón.

Ahora comprendo, en la Luz de Solaris, que esta Gran Semilla estuvo todo el tiempo presente desde el pacto original, que fue el origen de mi entrada en Athón y que se recrea en cada respiración, instante a instante.

Ahí me quedé atrapado, y nunca la vi porque en mis experiencias extremas se disfrazaba de templos, ascetismos, falsas liberaciones.

Entonces, abierto plenamente al discernimiento y la fe, la entrego al fuego de Solaris.

Lo que parecía terrible es un suave soplo y todo lo ocurrido, la tortura de tanto tiempo, es como si nunca hubiese ocurrido.

“La luz se ha instalado en ti de manera fuerte y poderosa.

Sentirás que estás resurgiendo y el gozo del alma renacerá nuevamente.

Las puertas que llevan al camino de la Verdad, que estuvieron cerradas por los incalculables candados de los pactos, han sido abiertas, solo te queda transitar ese camino”.

Las palabras de Solaris me invitan a que comience a caminar y del otro lado de la puerta veo la imagen de Cristo que me tiende las manos.

10 DE FEBRERO

La energía de Solaris llega rasante cuando la invoco en el templo de Kali.

**Solaris,
enviado del Padre, El Padre mismo
derribado el muro del pacto original
y quemada la semilla en lo más profundo del inconsciente,
te pido
que acompañes mi alma a los universos del Padre.**

“¿Por qué me pides ir a los universos del Padre?”, me pregunta Solaris cuando se manifiesta su luz dorada en el templo de Kali.

“He comprendido el absurdo, el sin sentido de todas mis vidas perdidas en un ilusorio Athón que solo tuvieron como consecuencia el horror de sus tiempos que giraban en círculos interminables.

Estuve alucinado y no comprendía que la caída a la que me llevó el pacto original había sido perder el Origen Divino y encarcelar el alma en redes cada vez más opresivas y oscuras.

Ahora intuyo que ha llegado el momento del despertar, y al derribarse le muro del pacto original y quemarse la Gran Semilla en lo profundo del inconsciente, otras semillas, las del Padre, están reviviendo y en su revivir me muestran que son los univer-

sos del Padre el verdadero hogar del alma largo tiempo prisionera en las cenagosas cárceles de Athón”.

Solaris asiente y aclara:

“Para poder entrar en los universos del Padre hay que dejar todo, aún lo mínimo o inútil que te encadena a Athón.

Abandonar lo burdo es fácil pero ¿estás dispuesto a desprenderte del aroma embriagador de un jardín florecido en primavera? ¿Puedes olvidarte de las amorosas manos que acariciaban tus mejillas en agradables tardes de otoño? ¿Eres capaz de dejar ese libro cuyas palabras te llevaban al gozo de la mente que percibía la cercanía de la Verdad? ¿Tus ojos se atreven a cerrarse ante la belleza de la arena blanca y ese mar de un azul prístino que susurraba las notas de la Naturaleza en tus oídos?

Eso también es Athón, en cuya fascinación quiere retenerte”.

“¿Qué pueden significar todas esas ilusiones comparadas con la Presencia del Padre manifestada en sus universos?”, respondo y ante mi respuesta Solaris me quita la visión del jardín en primavera, de las manos que me acarician, del libro que me lleva al gozo de la mente, del mar azul que susurra en mis oídos y atrás de esa visión solo hay energías degradadas, porque eso es Athón, más allá de la belleza y la fealdad, de la caricia y del golpe, del conocimiento y la ignorancia, del mar y del pantano.

“Athón es vivir abismado en el vacío”, dice y me muestra mis *chakras* purificados que ahora verticalmente se dirigen al Padre.

La conciencia se va del cuerpo y de la mente y voy teniendo la percepción de los universos del Padre.

Es como volver a nacer.

Lo primero que experimento es un gozo inenarrable.

La presencia de Solaris es acompañada por los maestros del mandala, Rishis, maestros galácticos.

Los maestros galácticos extirpan lo que queda de oscuridad y la llevan a sus galaxias para desintegrarla con su fuego.

Vivo la muerte más dulce.

La muerte más deseada.

Es morir y ser feliz en la muerte de Athón.

Es la muerte que me prepara para llegar al Padre.

Experimento sensaciones conocidas.

Recuerdo haber estado adonde ahora estoy, haber sido libre, haber reconocido al Padre.

Me estoy dejando invadir por quien Soy realmente.

Solaris me dice:

“Nunca te ibas a olvidar de los maravillosos universos de tu alma.

Te encuentres donde te encuentres, hagas lo que hagas, tu alma recordará que no pertenece a Athón sino que vives en sus maravillosos universos que son la Casa del Padre”.

La luz de Solaris ilumina mi visión y me veo en los ojos de la Madre Divina, en el templo de Kali, ella también pertenece a los maravillosos universos donde mi alma está habitando.

11 DE FEBRERO

En el templo de Kali, en la luz deslumbrante de la Madre Divina y por su Gracia lo contemplo a Athón, y digo contemplar y no ver, porque ver es convertirse en lo que la mirada ve, es vivir y morir en Athón, ser esa energía degradada que nace y muere en una alucinada ronda enloquecida, interminable, ver es convertirse en Athón, en todo lo que fue y será, es vivir y morir en sus noches y crucifixiones, es estar crucificado, porque Athón es infinita crucifixión, en el caníbal que devora, en el sacerdote de todos los credos que invoca a los poderosos demonios para que lo colmen de poder y también e inevitablemente lo sometan a su infierno, ver Athón es revivir en la fosa abisal del inconsciente a la Venus Negra alquimizando a los dioses que traicionaron al Padre, otorgándoles el poder de la alquimia a los grandes ejércitos que alimentaron con sangre, destrucción, locura, interminables sufrimientos al Amo y Señor de Athón, y también el Gran Señor vivió y vive de los sacrificios de los cuerpos y las mentes que se llevaron y llevan a cabo en las piedras rituales de los aztecas, en las pirámides escalonadas de Teohihuacán y en los quirófanos de elegantes sanatorios, y en los sórdidos crímenes de los barrios pobres, y en los accidentes de las autopistas, y en los colmillos de los demonios que destrozan a los muertos en la muerte cuando ya dejaron el cuerpo para que lo coman peque-

ños demonios y gusanos, ver Athón es consumirse en las orgías de la Roma Imperial y la Roma del Renacimiento, es sufrir con las almas que antes de su caída vivían en El Padre y al caer se alquimizaron como Leonardo, Miguel Ángel, Maquiavelo, Napoleón, Bill Gates y tantas otras que en su servicio al Gran Demonio solo fueron dueñas de su sufrimiento, ver Athón es seguir siendo crucificado en Sumer, Chichén Itzá, Luxor, es descender a las fosas abisales donde habitan los santos cristianos que quisieron ser venerados en los templos, como lo fueron los dioses de otros tiempos, templos que llenaron con sus imágenes y donde se fue apagando de sus almas el Fuego del Espíritu Santo porque El Padre debía ser negado para pagar prebendas con los creyentes demohumanos que demandaban dones en Athón, ver Athón es revivir guerras, matanzas, holocaustos, es despedazarse en el altar de la vida cotidiana, en las oficinas, en los comercios, en las populosas manifestaciones que piden justicia, en los ritos profanos, todos los ritos en Athón son profanos, los ritos de los templos con ceremonias y oraciones. Los ritos de los coche-bombas con los cuerpos destrozados, los ritos en las cárceles y en las misas, los ritos en los sueños de placeres y pesadillas, los ritos funerarios donde los muertos son entregados a los demonios de la muerte, los ritos deportivos donde juegan el juego del infierno los que juegan y los que miran en la pasión del juego, por eso en el templo de Kali, en la luz de la Madre Divina, y por su Gracia digo que contemplo a Athón y no que lo veo, porque contemplar es revivir en los otros la mirada del alma que siente una profunda compasión por Athón y por todo lo que en Athón vive, porque todo lo que vive en Athón es la vida de Athón, entonces invoco a Solaris, y en la compasión del Padre que me mira en mi alma le digo:

**Solaris,
enviado del Padre, El Padre mismo,
te pido**

**transmutes Athón para que este desdichado planeta
vuelva a su energía divina, y en algún día cósmico pueda
cumplirse la tarea que El Padre le encomiende, siendo así
un hijo más en sus innumerables universos.**

Contemplo como Solaris va rodeando Athón y cortando al planeta diabólico en tajos por donde va penetrando su energía.

Desde el interior de Athón Solaris comienza a transmutar toda esa oscuridad que va perdiendo su fuerza de imantación.

“En un tiempo más Athón será llevado a un planeta de purificación para que se complete esta alquimia del Padre”, anuncia Solaris.

12 DE FEBRERO

En el templo de Kali, en la supracosciencia que alcancé en la alquimia transmutadora de Solaris, me encuentro en la plenitud de la energía de la Madre Divina y de Ramakrishna que a su lado me irradia su bendición.

En el silencio del Padre donde ya no están y no podrán estar nunca los demonios que me persiguieron y oprimieron durante mis vidas y muertes en Athón mi alma libre de toda ilusión se dirige a las divinas presencias.

“En este templo, en tu luz, Madre Divina, experimenté la Gracia de Solaris a la que me entregué sin reservas entregando el Athón que moraba en la fosa abisal de mi inconsciente.

Así la poderosa energía de Solaris, el enviado del Padre, el Padre mismo, derrumbó el feroz muro que levantó el pacto original transmutando sus demoníacas semillas en el camino de luz que lleva al Padre.

Así Solaris descubrió el oculto rostro de la Venus Negra, la Gran Alquimizada de Athón en la conciencias, y la Madre Oscura no pudo resistir su luz, y como un famélico espectro se fue consumiendo en sus cenizas.

Entonces se fueron quemando las demoníacas semillas sembradas en los horrores de los pactos, hasta la quema de la

Gran Semilla, el Gran Demonio generando los engaños que me destrozaron desde la caída.

El alma libre vivió los maravillosos universos del Padre que le pertenecían y también contemplo el indescriptible sufrimiento de las almas en Athón que nada tenía que ver con el sufrimiento que yo veía en los miserables de la India y que el Gran Demonio me incitaba a redimir.

Ahora Madre, que mi alma está libre de toda ilusión me pregunto, ¿cuál es mi destino?”.

“Naren, hijo mío, el destino de tu alma es el que elijas y puedes elegirlo porque tu alma es absolutamente libre.

Ya has visto en esta experiencia los dos mundos que el Padre pone a tu elección.

Por un lado disolver definitivamente Athón de tu conciencia, y que se convierta en un sueño que nunca existió porque tu alma vivirá que jamás interrumpió su presencia en los maravillosos universos del Padre donde continuará en el éxtasis sublime avanzando hacia la plenificación en el Supremo Origen.

La otra opción es la de tu mirada compasiva ante el infierno de Athón que acabas de abandonar.

Guiado por la compasión, suspenderás por el tiempo que El Padre te lo pida, la felicidad plena del alma en los luminosos universos, para servir en el Plan que busca liberar a las almas capturadas, y a la misma Tierra vampirizada por las energías oscuras, transmutando Athón e instalando la energía liberadora de Solaris en las conciencias.

Tuya es la elección.

“Madre, mi alma siempre eligió ofrecerse en sacrificio para la liberación de los que sufren en el mundo, la decisión siempre

fue auténtica, pero durante vidas y vidas engañada por las falsas imágenes liberadoras que me mostraba el Gran Demonio.

La última tentación del Señor de la Oscuridad fue convertirme en el liberador de la India, pero la Gracia del Padre alumbró mi alma, que intuyó la trampa que la hundiría en el más abismático de los infiernos.

Ahora mi alma plena de gozo, fuera de todo engaño, elige lo que siempre eligió, servir al Padre en este Plan”.

La Madre Divina abre un cofre de luz y saca de este el último *mantram* a Solaris, y me lo entrega.

Solaris,

enviado del Padre, El Padre mismo,

te pido,

descienda en mí la Gracia que me permita participar en este Plan liberador de las almas y de la Tierra.

La luz dorada de Solaris me envuelve otorgándome la Gracia, el templo de Kali desaparece de mi visión y me encuentro en la estación de ferrocarril de Hatras donde Ramakrishna me invita a subir a la locomotora del tren que conduce El Padre en la que él sirve de fogonero.

“Has pasado la prueba –me dice Ramakrishna– te traspaso mi función de fogonero que provisoriamente cumplí a pedido del Padre mientras te preparabas para hacerte cargo del tren, que es tu casa en el zodíaco.

13 DE FEBRERO

Estoy sentado en el banco de la estación del ferrocarril de Hatras, abriendo los ojos, regresando poco a poco de la meditación donde viví el tránsito iniciático que realizó Vivekananda desde la partida de Ramakrishna hasta más allá de su muerte física, ya que las experiencias con Solaris tuvieron lugar fuera del cuerpo.

“Ahí está el tren –me indica el maestro– lo conduce El Padre y yo soy el fogonero. Te invito a subir, como ya sabes es mi casa, para que sigas recorriendo tu camino en el zodiaco.

Vivekananda sube a la locomotora mientras yo me voy acomodando en el cómodo sillón del vagón para emprender mi propio viaje. El tren se pone en marcha y creo que estoy solo pero con sorpresa primero y después con cierto escozor compruebo que no estoy solo porque con una sonrisa amable veo que se acerca mi demonio personal.

“Aunque no lo veamos el Sol siempre está. ¿Es así la canción, no? Bueno, yo soy el Sol que no ves pero que siempre estoy, solo que ahora me hago visible porque quiero que hablemos francamente de demonio a demohumano. ¿Me invitas a sentarme?”, me pregunta el demonio personal, pero es una pregunta retórica porque antes que la responda ya está sentado en el sillón de enfrente.

“¿Qué deseas?”, la pregunta que formulo después de formularla me parece tonta porque es como si no conociera lo que desea.

“Peregrino tu pregunta no es tonta como supones porque no vengo a tentarte sino a que reflexionemos juntos”.

Lo estoy mirando con cierto desconcierto cuando desvío la vista porque se acerca el maestro Vivekananda que muy ceremoniosamente se dirige a nosotros.

“Caballeros, en nombre del Padre y del mío les deseo muy buen viaje”.

Yo me quedo estático, pero el demonio personal le agradece con un gesto de complacencia.

“El Padre los invita a pasar al vagón comedor a desayunar”, dice el maestro señalando la puerta que comunica los dos vagones.

“No te imaginas lo agradecido que estoy por esta invitación porque desde que mi pupilo empezó este peregrinaje me tiene bastante famélico”, agradece el demonio personal levantándose muy prestamente e invitándome a acompañarlo.

La mesa del vagón comedor es una verdadera tentación. Una cafetera humeante, una elegante tetera, una jarra de porcelana con leche, una pequeña canasta con sobres de té de distintos gustos, tostadas, crema, mermelada, queso untado, jugos de fruta, azúcar y edulcorante. También huevos fritos y jamón, al estilo americano resaltan al lado de unos prometedores panqueques, instalados al lado de los cubiertos y las tazas.

El demonio personal se frota las manos con satisfacción para después disponerse a servirse lo que desea.

“Mis deseos están muy apaciguados desde que inicie este peregrinaje. Café con azúcar”, digo al sorprendido demonio que

satisface mi pedido llenando mi taza con café a la que agrega dos cucharaditas de azúcar.

“Lamentablemente el control de tus deseos te ha hecho reticente a los pactos, y como consecuencia de ese desatino estoy muerto de hambre”.

Sin agregar palabra durante largos minutos se lanza insaciable a devorar los manjares que se ofrecen en la mesa.

“No sabía que los demonios tenían tan buen apetito”, le digo sin ocultar mi ironía.

“¿Recuerdas el lobo feroz del cuento de Caperucita Roja? Era uno de los nuestros. Pero no te preocupes, no vine a devorarte sino a conversar, como dos buenos amigos”.

“¿Dos buenos amigos? Durante tiempos cuyo origen se pierde en las lejanías te consideré mi mejor amigo”.

“¿Y acaso no lo fui? Cuando te vi por primera vez estabas en posición fetal, recostado en un árbol, llorando y esperando morir. Te tomé de la mano y mi calor te devolvió a la vida que te estaba abandonando. Recibiste los cuidados de una madre y la enseñanza de un padre. Respeté tu instinto caníbal para que puedas sobrevivir en esa condición primitiva. Te adiestré en la recolección de frutos y en la caza. En las noches te llevaba a las cuevas para que te refugiaras. Amorosamente te cubrí con pieles para que no perezcas de frío. Te di el lenguaje para que invocaras a mis hermanos cuando necesitases ayuda. Te enseñé el arte de la guerra para que aniquilaras a tus enemigos. Y esto solo fue el principio de tantas vidas.

Perdona, ahí veo un panqueque con crema y sería una descortesía a mi anfitrión no devorarlo”.

El demonio personal acaba con el último panqueque y me reprocha.

“¿Y todavía dudas de mi amistad?”.

14 DE FEBRERO

El almuerzo en el vagón comedor comenzó con una entrada de camarones sarteneados a la provenzal con tomate. Como plato principal suprema al gratén de queso y un soufflé de verdura. De postre manzanas a la crema. Todo acompañado con un Chateau Monchenot Blanco; y mientras bebíamos el café el demonio personal me siguió recordando el pasado.

“Te veía agotado, milenios corriendo por desiertos, bosques, selvas, llanuras, para sobrevivir, si a eso se puede llamar sobrevivir. Entonces me dije, es una crueldad que este demohumano a quien en tanto tiempo aprendí a querer siga en estas condiciones. Entonces te enseñé los ciclos de la naturaleza, no necesitabas salir en busca del alimento recorriendo territorio hostiles, ni refugiarte en las noches en cavernas y rústicos campamentos, sin tener una familia estable. ¿Qué afectos familiares podían florecer en esa horda salvaje? Así aprendiste a sembrar y cosechar conociendo los ciclos naturales. No necesitabas ir en busca de la presa porque comprendiste que los animales se podían reproducir en cautiverio. Te hiciste sedentario. Conociste la placidez del amor en la noches de luna llena. Te emocionaste viendo gatear a tus hijos y por primera vez tu llanto no fue de dolor. Estabas en un territorio y lo poseías. Experimentaste que el mundo era tuyo en ese pedazo de tierra que dominabas. Ese

mundo debía ser defendido y para defenderlo no bastaba la violencia de la horda primitiva, que fue mi primer enseñanza guerrera, ahora la guerra requería tácticas, estrategias y a mi lado aprendiste ese estupendo arte que no solo te permitía defender tu territorio sino lanzarte a la conquista de otras tierras y expandir tu poder. Sabías invocar a mis hermanos pidiéndole ayuda, pero en tu nueva vida eso no bastaba. Necesitabas de demonios poderosos pero tenías que saber como llegar a ellos. Te inicié en el secreto del sacrificio de los cuerpos.

¿Otro café?”, me pregunta y sin esperar respuesta llena mi taza, gentilmente le pone azúcar, para después servirse la suya.

“Mi anfitrión tuvo la gentileza de dejarme un atado de estos exquisitos cigarrillos rubios. ¿Fumas?”. Como rechazo su ofrecimiento, se lleva un cigarrillo a la boca y lo saborea con placer, lo enciende y despide extasiado unas fantasmales volutas de humo.

“Mi querido amigo –sigue el demonio personal– estaba orgulloso de los logros que habías obtenido. Me maravillaba cuando te maravillabas al ver crecer el trigo que habías sembrado o cuando con ojos de asombro veías esas vasijas que surgían de tus manos. Yo seguía tus pasos en la guerra, atacaban por los flancos para debilitar al enemigo. Te enseñé la sorpresa, golpear por donde el enemigo no espera. Desvastar las aldeas. Apropiarte de las mujeres del enemigo como muestra del poder del vencedor. Las ceremonias para recibir a mis hermanos mayores, entre sacrificios de sangre, danzas y cantos invocativos, me seguían maravillando ante tu maravilla.

Pero en unos miles de años me dije: esto no alcanza, la repetición termina aburriendo, hay que ir más allá, la creación debe ser el próximo paso.

¿Recuerdas los jeroglíficos? Debías graficar las invocaciones por un lado y por otro entrar en el mundo del concepto. Estabas en condiciones de crear civilizaciones. Supiste de las medidas de las pirámides y templos donde llegarían los dioses a sostener tu mundo. ¿Puedes quejarte, mi amigo, si yo te entregué mi vida para que vivas?

El placer se fue refinando, conociste los placeres del amor y la comida, los mayores placeres a los que puede aspirar un demohumano, los que justificaban todos los pequeños inconvenientes que significan vivir en este mundo.

¿Y la magia, mi amigo? Ya no solo invocabas a mis hermanos mayores para pedirles su ayuda sino que ahora conociste el lenguaje, conversabas con ellos, eras uno más de los nuestros.

Conmigo conociste el placer del poder y la mayor de las magias en el mundo, la magia del dinero. Ya sabías del poder que dan las muertes, las inquisiciones, las torturas, te fuiste civilizando, mi amigo, pero algo faltaba, el capitalismo una creación de Nuestro Señor que le puso un moñito a tu Athón. El dinero siempre existió en nuestro mundo. No podía existir nuestro mundo sin esa magia. Pero ahora, mi amigo, el poder del dinero era otra cosa, no solo servía para obtener cosas y corromper a los otros, el dinero era un poderoso demonio en sí mismo, el que podía, como dijo un poeta, conquistarlo y envilecerlo todo. El demonio del dinero es ilimitado, crece, somete, representa el gozo de la ambición sin límites. También te enseñé a gozar de la carencia y la humillación de la miseria de quienes no han sido bendecidos por ese impresionante hermano nuestro.

¿Otro café, mi amigo?”.

15 DE FEBRERO

“¿Una masa?; estas masas están deliciosas”, me ofrece el demonio personal cuando estamos compartiendo la merienda del té con masas.

“Realmente una delicia”, le digo después de aceptarla y saborearla.

“Te comentaba del poder del dinero. Este poder te permitió no solo dominar el tiempo sino también crearlo, creando futuros. Actuabas en búsqueda de la ganancia. Siempre hay una novedad en Athón, pero esa novedad era la que producías con el dinero. ¿Y con quién se casó el capitalismo? ¿Te das cuenta? El capitalismo contrajo matrimonio con la ciencia, en una ceremonia que celebré en la boca de tu estómago, en el *chakra manipura*, y ahí en medio de un cortejo de demonios que bailaban y cantaban frenéticos, vivieron sus nupcias el capitalismo y la ciencia. Y vivieron felices por siglos y engendraron, y siguen engendrando, muchos hijos. ¿De dónde supones que nacieron los reactores nucleares, los misiles, la televisión, Internet, los sistemas informáticos, la telefonía celular? De ese matrimonio que yo celebré en tu *manipura*, y mis hermanos, los demonios personales celebraron en los *manipuras* de todos los demohumanos cultos y civilizados.

Te enseñé a diseñar mundos. Esas fueron las construcciones filosóficas, que no solo te transmití sino que te enseñé a crear. Alguna vez, aunque ahora no lo recuerdas, creaste un mundo en tu mente y lo escribiste. Y ese mundo publicado en libros penetró en la mente de miles como tu creación.

¿Y que decías en ese mundo? Hablabas de un Dios lejano, al que por respeto y cuidándote de los religiosos que todavía tenían poder en esos tiempos, no lo tratabas de esclerótico, usando un lenguaje moderno, pero lo mostrabas muy ocupado en cuestiones metafísicas como para preocuparse por este pobre mundo. Entonces de este mundo debían ocuparse los demohumanos, a los que por supuesto no llamabas demohumanos sino que hablabas de la dignidad humana, porque ese era el lenguaje de la época.

Cuando te referías a esa dificultad le dabas los atributos de la libertad que debía necesariamente, en el modelo de conciencia que planteabas, llevar a la moralidad, hacia el vínculo con el otro, en que se reconocía su dignidad al haber reconocido la propia. Pero junto a la libertad, y aunque no lo decías abiertamente, deslizabas por encima de la libertad y en consecuencia de la moralidad, estaba el conocimiento, la razón que aspiraba a la Suprema Razón Universal.

No salías en tu visión del mundo fuera de los moldes de tu época, nada excepcional, pero digno como para posibilitarte un buen trabajo en la universidad y el reconocimiento de los que te veían como un filósofo, con el prestigio que entonces tenía la filosofía.

¿Quién te posibilitó todo esto, mi amigo? Nada menos que yo, este humilde servidor.

Y ahora llegó a mis oídos la noticia de que me quieres abandonar porque te has embarcado en un peregrinar por este nuevo zodiaco bastante sospechoso, no es el zodiaco de nuestros demonios regentes, y parece que te pusieron como condición que llegado a esta casa, debías decidir renunciar a mi protección y mi guía si querías continuar el viaje en este tren.

¿Sabes lo que me duele? No es la ingratitud como estás pensando, un demonio personal que no puede soportar la ingratitud no puede ser un demonio personal, los demohumanos son ingratos no sé si por naturaleza o por perversión de esa naturaleza.

Lo que me duele, mi amigo, es el dolor de tu destino, el hundimiento en la Nada al que te va llevando el engañoso camino que estás siguiendo.

Yo te fui construyendo con la materia que me diste, y te fui haciendo, tras increíbles alquimias y sufrimientos, lo que ahora eres.

Y cuando estás llegando a ser quieres dejarnos, ¿Y para qué? Para desaparecer en el vacío.

Me dirás que es tu elección, y yo te contesto que no es tu elección sino tu engaño, vaciarte del ego que fue construido, lo construimos juntos, como una escultura, ese ego que surgió de la dura piedra amorfa hasta transformarse en el Moisés o el David de Miguel Ángel.

¿Qué hacer con tu locura que te lleva al desquicio? Se lo planteé a Nuestro Señor, a quien acudí desesperado, apelando a su infinita compasión. Y Nuestro Señor misericordioso con sus hijos descarriados me envió a este tren para hacerte una propuesta.

¿Otra masa? Están deliciosas”.

10 DE FEBRERO

La cena es frugal, lomito con puré de papas, agua mineral y frutas. El Padre como anfitrión quiere que nos mantengamos sobrios y ligeros a la hora de la decisión final.

Mientras comemos hablamos de nuestros gustos comunes, tenemos cierta pasión por el fútbol, en materia de cine preferimos los cineclubs con reposiciones de los mejores directores italianos, Fellini, Visconti, Antonioni, Monicelli, Bertolucci. Nos atrae más la montaña que el mar. De las civilizaciones que correamos juntos, la primera modernidad, aquella de Beethoven, G.W.F. Hegel, Napoleón es la que más nos entusiasma. “Somos dos viviendo en uno, comenta el demonio personal, tanto tiempo juntos que casi no podemos diferenciarnos”.

“Te escucho”, le digo con la actitud de esperar palabras inesperadas, sabiendo que no pueden ser tan inesperadas y después de decir “te escucho” los dos hacemos una pausa levantando la taza de café y bebiendo el primer sorbo.

“Nuestro Señor quiere que no te pierdas en el equivocado camino que estás siguiendo, y la única forma de no perderte es que te conviertas definitivamente en uno de los nuestros”.

“¿Me propones que acepte la transmutación final?”, le digo calmadamente después de beber otro sorbo de café.

El demonio personal no se apresura con las palabras. Lentamente enciende un cigarrillo y con cierta parsimonia dispara.

“No serás un demonio común”.

“¿Y qué quieres significar con que no seré un demonio común?”.

“Nuestro Señor, considerando tus excepcionales cualidades, a las que se suma el conocimiento del Plan del Enemigo del que se te ha instruido en este peregrinaje, te propone llegar a ser un demonio fundante”.

“Perdona, pero no te entiendo”.

“Disculpa, a veces uso conceptos del código demoníaco que no tienes porqué conocer. Un demonio fundante es el que funda o da origen a una raza de demonios”.

“¿Por qué necesita el Gran Demonio fundar una nueva raza de demonios?”.

“El tiempo es el gran depredador de todo lo que existe en nuestro mundo. Por un lado, desde el pacto original hasta nuestros días hemos crecido en conocimiento, civilizaciones, proyectos, ambiciones, creaciones, sin duda entiendes de lo que estoy hablando”.

“Te entiendo perfectamente, lo podría sintetizar como lo que fue desde el hacha de piedra hasta el último misil nuclear”.

“No seas esquemático, ni tan unilateral, no solo hachas de piedras y misiles ha producido Athón. Hemos creado belleza, deportes, filosofía, espectáculos, tecnologías múltiples, no necesariamente de uso bélico, también rediseñamos religiones, creencias, ritos funerarios, producimos inquietantes cosmovisiones”.

“¿Y entonces para qué es necesario en el mundo que me describes una nueva raza de demonios? ¿No avanza todo hacia un progreso indefinido?”.

“Eso creímos siglos atrás. ¿Qué podía detener la creación indefinida de Athón? Supusimos que nada. Ya en el Renacimiento proyectábamos la inmortalidad de los cuerpos, la conquista del espacio, la creación ilimitada, pero en este momento comprendimos que hay algo que hasta ahora no pudimos vencer, habitar en el tiempo es estar sometido a su degradación, en otros términos a la pérdida inevitable de energía, por eso no logramos ser inmortales, expandirnos en el espacio y las posibilidades de creación se reducen. Podemos refinar lo que hay, pero no logramos dar el salto a lo absolutamente distinto”.

“¿Y una nueva raza de demonios constituidos con renovadas alquimias haría posible de generar ese Athón con que el Gran Demonio sueña?”.

“Y tú, mi amigo, serías uno de esos artifices”.

“Yo también tengo una propuesta que hacerte de parte del Padre”.

“¿Qué puede proponerme El Padre?”.

“El Padre te dice que no sigas jugando a un juego imposible y desesperado en el tiempo, que te liberes de los engaños de tu Amo y Señor, que te está arrastrando al abismo de la desintegración”.

El demonio personal me mira con los ojos nublados como un boxeador que cómodamente estaba ganando una pelea y recibe un inesperado golpe en la mandíbula que lo deja al borde del *knock-out*.

“El Padre te propone que regreses a Él”.

La figura de mi demonio personal, ese demonio que me acompañó en todas mis vidas, desaparece del vagón comedor de tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Vivekananda.

17 DE FEBRERO

El demonio personal se consume en el miedo y la angustia, no lo sorprende el estado, sabe que no cumplió, y las reglas del Gran Demonio son claras, no se admiten fracasos y estos se pagan muy caro. Un fracaso como el suyo, haber perdido un alma que ya estaba preparada para su demonización absoluta y destinada a generar una nueva raza de demonios salvadores de Athón, se paga con el hundimiento por siempre jamás en los abismos de la Venus Negra.

Ramakrihsna y Vivekananda se acercan al círculo de fuego donde lo dejó prisionero el Gran Demonio a la espera de la sentencia final.

“¿Estoy viendo visiones? –dice el demonio personal y sigue con asombro– Nunca pensé que iba a ver ángeles en el infierno”.

Vivekananda lo aquieta con su energía y le dice:

“Somos enviados del Padre que venimos en tu ayuda”.

“¿Y por qué el Innombrable querría ayudarme?”.

“Para que puedas algún día nombrarlo como Padre y llegar hasta Él”.

“Solo un nombre se agita en mi mente y ya sabes cuál es”.

“Nosotros podemos nombrarlo porque no le tenemos miedo a los nombres, el nombre que agita tu mente es el del Gran Demonio que ya está escribiendo tu sentencia”.

“He fracasado, la merezco”.

“Has fracasado, es cierto, pero este no ha sido tu fracaso sino que el único fracaso que soportas y te condena es haber abandonado al Padre para entregarte ciego al Gran Devorador.

¿Qué esperabas? El reino y la gloria. Estos no existen en el mundo que decidiste habitar. En tu mundo, donde estás encadenado desde el momento en que quisiste poseer el Paraíso y lo transformaste en infierno, en este mundo donde te convertiste en un esclavo servil de la oscuridad, pero no de la del Gran demonio sino de la tuya, que es la esclavitud que ata a la Gran Esclavitud que soporta tu Gran Señor.

Ya lo ves, no eres la conciencia que siempre creíste ser, la que se expandiría en demoniacos éxtasis de poder, sirviendo fielmente a tu Amo.

Pobre demonio, al rebelarte al Padre tenías un solo camino posible, el que te está llevando a la Venus Negra.

¿Cómo podías suponer que lograrías demonizar a un alma entregada al Padre?

Eso te lo hizo creer tu Señor, y el fracaso que ahora experimentas no es no haber podido cumplir con lo que éste te encomendó, porque ningún alma puede convertirse en demonio, ni siquiera el Gran Demonio que alguna vez fue un alma libre en El Padre, sino solo puede vivir una sombra de separación. Vivir esa sombra es creerse un demonio, creerse lo que nunca se fue ni se podrá ser.

Jugaste un tiempo a creerte un demonio que tenía el poder de demonizar, esa creencia es tu único fracaso, porque ni puedes ser un demonio, porque ¿cómo puede existir una inexistente sombra?, ni demonizar a nadie.

Temes ahora que el Gran Demonio te devore. ¿Pero cómo puede una sombra devorar a otra sombra?

Venimos a ayudarte para que te liberes de esa sombra cargada de otras sombras a las que le dabas realidad como tu vida demoníaca.

Viviste la pesadilla de ser un demonio que creía que algún día llegaría a reinar en Athón porque desalojaría al Gran Demonio de su trono. Esa es la ilusión de todo demonio y también de todo demohumano.

Pero ¿quién era el que tenía esta ilusión? Tu alma ensombrecida, esa sombra que te envolvía y que era alimentada por tu alma prisionera en las profundidades de la Venus Negra.

¿Adónde te condenaría el Gran Demonio si desde que dejaste al Padre habitas tu condena en las abismales profundidades de la Venus Negra?

El Padre te ofrece que te liberes de ese engaño deshaciendo esa sombra a la que llamas demonio y en la que crees existir.

Un solo gesto tuyo que acepte nuestra ayuda y serás salvo”.

El demonio personal se entrega a los maestros que lo llevan a un planeta de purificación donde disolverá esa sombra a la que llama demonio.

18 DE FEBRERO

Después que el tren que conduce El Padre y tiene como fofonero a Vivekananda deja al demonio personal en su planeta de purificación recibo de manos del maestro el *mantram* de su casa.

Padre,
ayúdame a comprender en la casa de Vivekananda
el sendero del discernimiento.

Guíame,
no permitas que me desvíe.

Ilumina mis pasos hasta el final de camino.

La vibración del *mantram* es muy poderosa y me entrego a su energía, que es la del Padre, y desaparece de mi conciencia todo lo que no es El Padre.

Vivekananda me dice:

“Has transitado el zodiaco hasta llegar a mi casa, donde has alcanzado un estado de conciencia muy sutil y por eso mismo sujeto a peligrosas tentaciones.

Tu demonio personal se ha retirado pero queda un demonio mucho más terrible y engañoso, tu propio ego que viene a la vez creciendo y degradándose desde el pacto original.

Ten cuidado porque ahora el Gran Demonio te puede tentar con grandes poderes y si caes en esa tentación invocará un demonio personal más poderoso para que te ayude a lograrlos.

Discierne esto, el Gran Demonio te ofrecerá un cambio de piel y te dirá que esa piel es la suya.

Renuncia al ego y al hacerlo se desvanecerán tus vidas pasadas y futuras.

Renunciar al ego es despersonalizarse para alcanzar tu esencia que no tiene nombre, ni nada de lo que crees y conoces.

Es saltar al vacío donde encontrarás al Padre.

Pero en el vacío, antes que se presente El Padre, el Gran Demonio querrá retenerte en Athón, ofreciéndote pactar tu próxima vida.

Después de haberte prometido ser el origen de una nueva raza de demonios que salvará Athón, ¿qué puede prometerte? La última carta que tiene la va a usar, prometerte ser él mismo, convertirte en el mismísimo Gran Demonio.

Está alerta, los modos en que puede ofrecerte ser el Gran Demonio pueden ser sorprendentes e inesperados. Has recorrido un largo camino en este zodíaco, has alcanzado un importante discernimiento, pero todavía la liberación está en un horizonte lejano.

Muchas veces has quemado al Gran Demonio, pero tu inconsciente lo ha logrado siempre, despertando muy ocultos deseos, hacerlo renacer de sus cenizas.

Estarás liberado cuando ya no exista en ti inconsciente que desee ser el Gran Demonio.

Mientras tanto permanece siempre alerta mirando al Padre”.

A las palabras del maestro sigue el silencio y a ese silencio llega Solaris, el protector de la casa de Vivekananda.

Solaris se manifiesta como una luminosidad dorada que rodea Athón, y va penetrando sus pozos para transmutarlo.

Veo los ojos rojos de Athón que retroceden.

Solaris me muestra en el espejo de esos ojos rojos las imágenes de aquello que creí ser, esa sombra que cubre mi alma, la misma que envolvía a mi demonio personal, y ahora se me revela porque éramos uno, porque la sombra tenía la misma inexistencia, por eso nuestros gustos comunes, la pasión por el fútbol, la preferencia de la montaña al mar, nuestra atracción por los grandes directores italianos, esa preferencia por la modenridad.

La misma nació, murió, sufrió en infinitas rondas de aburridas y fatigosas repeticiones, Solaris me revela que los ojos rojos de Athón están retrocediendo porque la sombra de quien fue mi demonio personal se está disolviendo en el planeta que El Padre diseñó para su purificación.

El tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Vivekananda sigue su camino.

19 DE FEBRERO

En el tren que conduce El Padre y tiene como fogonero a Vivekananda la energía de Solaris va penetrando en los hasta ahora impenetrables senderos del *ajna* para abrir un estado profundo de discernimiento.

Solaris me explica que este es el bautismo en esta decimo-primer casa del zodiaco.

“¿Cuál es el sentido de este hasta ahora no revelado estado de discernimiento?”, le pregunto a Solaris cuya energía me responde.

“En todas las casas que has recorrido en este peregrinaje siempre se abrió algún canal de discernimiento, de lo contrario los demonios no hubiesen tenido ninguna dificultad de interrumpir este viaje. El discernimiento te permitió, en algún grado, poder tener un registro de la Energía del Padre como diferente de la del Gran Demonio que siempre ha circulado en tus vidas, desde el inicio de la caída.

Este bautismo tiene por propósito profundizar el discernimiento para que alcances la plena conciencia de donde te encuentras, quien se encuentra en ese lugar y cómo salir del mismo”.

“Me encuentro en Athón, eso lo tengo claro”.

“¿Y dónde se encuentra Athón?”.

“En mi mente, en su superficie proyectándose en el mundo sensible y en sus profundidades, en lo que podemos llamar inconsciente, que equiparado a la superficie del mar son las fosas abisales donde la oscuridad es absoluta y es imposible un descenso.

“¿Quién se encuentra en las profundidades de inconsciente?”.

“El Gran Demonio y la Venus Negra”.

“¿Qué se encuentra más allá del Gran Demonio y la Venus Negra?”.

“El alma capturada”.

“¿Cuál es el propósito de esta experiencia?”.

“Liberar el alma de su prisión”.

“¿Cómo es posible este rescate?”.

“En primer lugar tomando conciencia de la necesidad de rescatarla, para que, liberada del planeta diabólico, pueda continuar su ciclo evolutivo en los universos del Padre.

Entonces es necesario establecer la conexión permanente del ego con el mandala de zodíaco, los Rishis, los maestros galácticos y todos los integrantes cósmicos del ejército del Padre que están operando en este Plan”.

“¿Cuál es el propósito de esta conexión?”.

“El descenso de la energía Vedántico-Crística de la fusión”.

“¿Qué produce esta energía cuando penetra en el ego?”.

“Una alquimia divina cuyo resultado es la transmutación del ego en conciencia”.

“¿Qué significa esto?”.

“Al hablar de conciencia estoy refiriéndome al discernimiento que en el mismo instante que comprende que el alma está capturada decide ir a liberarla”.

“¿Cómo le es posible a esta conciencia descender a la fosas abisales del inconsciente?”.

“Este grado de discernimiento es supraconciencia, estado de *samadhi*”.

“¿Por qué en este estado es posible el descenso y el rescate?”.

“En el estado de *samadhi* toda la corte de demonios que estaba imantada al ego desaparece, la conciencia es ahora conciencia pura en El Padre que denominamos como supraconciencia o pleno discernimiento. En este estado no podemos hablar de descenso porque estamos fuera de la dimensión del espacio, es la eternidad del alma disolviendo las sombras, que como vimos son el Gran Demonio, la Venus Negra y el ilusorio encadenamiento al pacto original, y también la ilusoria caída porque en realidad el alma, aunque no lo supiese, nunca pudo caer porque solo puede vivir en la eternidad del Padre”.

Solaris me bendice, dando por terminado el bautismo, pidiéndome lo convoque permanentemente en esta experiencia.

La Voz del Padre ocupa el vagón del tren.

“Próxima y última parada, casa del maestro Yukteswar”.

Vivekananda, su nombre secular era Narendranath Datta, nació en Calcuta con una madre profundamente religiosa que lo familiarizó desde temprana edad con los textos de la tradición religiosa. El padre era un jurista escéptico, pero el ejemplo de su abuelo que en sus últimos años renunció al mundo, dejaron en su espíritu una fuerte impronta.

Naren era un estudiante de una inquieta inteligencia, constantemente preocupado por la existencia de una realidad Suprema que le diese sentido a la propia. Indagó sobre esta cuestión con teólogos, maestros ascetas, científicos, pero ninguna de sus respuestas las encontró satisfactorias. En su primer encuentro con Ramakrishna le preguntó si había visto a Dios y recibió como respuesta. “Sí, he visto a Dios tal como te veo ahora delante de mí, pero mucho más real”.

Impactado, permaneció seis años junto a Ramakrishna, hasta su *mahasamadhi* en 1886. Entonces organizó una comunidad monástica en la que convivió con sus discípulos. En 1887 fundó con ellos la Orden de Ramakrishna, cuya dirección ejerció. Luego peregrinó como *sannyasin* por toda la India, quedando impactado por la extrema miseria en que vivía su pueblo. En 1893, con la ayuda económica del maharajá de Khetri se trasladó a Chicago donde, con motivo de la gran exposición internacional, se celebraba el Parlamento Mundial de las Religiones. Su participación causó honda impresión entre los asistentes y fue muy elogiado por el periodismo norteamericano. Dictó conferencias en muchas ciudades de los Estados Unidos y organizó cursos impartiendo enseñanza de la Vedanta. Se trasladó a Europa, donde expandió la doctrina y fue reconocido por los más importantes orientalistas de Occidente como Max Müller y Paul Deussen. A los 39 años, después de una intensa vida (1863-1902) en la India dejó su cuerpo en el estado de conciencia iluminada.